

CASCALES CONTRA PELLICER (*CARTAS FILOLÓGICAS*, II, 5). ESCARAMUZA HUMANÍSTICA

LUIS SÁNCHEZ LAÍLLA

EL ERUDITO RESIDENCIADO¹

El viejo ideal humanístico del hombre trilingüe, dotado de un saber enciclopédico y entregado al estudio científico del legado cultural del mundo antiguo a través de sus textos, llega al siglo XVII en medio de una profunda crisis. En los primeros años de esta centuria asistimos a una reconsideración profunda de lo que significa la erudición, sus usos y sus objetivos, al mismo tiempo que se intenta redefinir el papel del humanista, revisionismo que no es ajeno a la visión desengañada del Barroco y que en España se acentúa por la grave situación de la monarquía hispánica. A este fenómeno responden hechos tan significativos como la reivindicación del apelativo de *letrados* por parte de los humanistas frente a los juristas, acudiendo como hace Francisco de Cascales a la esencia de las tareas vinculadas con el estudio de las letras humanas (en *Cartas filológicas*, III, 3, «En alabanza de la Gramática») o el intento de Baltasar de Céspedes de fijar con una nueva perspectiva el programa formativo del hombre culto en su *Discurso de las letras humanas llamado el Humanista*².

La erudición es la piedra del toque del humanista como resultado de sus propias prácticas científicas, pues el humanismo es en origen filológico y la filología es la ciencia de la crítica textual, esto es, de la recuperación e interpretación de los textos antiguos, tarea propia del *grammaticus*, cuya figura

¹ Este trabajo tiene dos partes: la primera recoge las ideas que tuve ocasión de exponer en la mesa redonda que compartí con José Aragüés y José Enrique Laplana sobre «Humanismo y erudición» en el marco de las jornadas sobre *El Humanismo y las humanidades ayer y hoy*, en homenaje a la profesora María Pilar Cuartero Sancho; la segunda ofrece una edición comentada de la carta polémica de Francisco Cascales a José Pellicer que da título al conjunto y que es una magnífica muestra de los aspectos tratados en la primera parte. La elección de esta epístola, cargada de erudición latina, quiere ser también una prenda afectuosa y modesta del magisterio de María Pilar.

² Véase Comellas Aguirrezábal (1995).

reivindicó Cascales (III, 3) señalando que la gramática «al principio es pigmea y después filistea»³, pues partiendo del modesto propósito de enseñar a hablar y escribir bien, no solo se ocupa de la corrección del textos, sino que extiende su empeño a lo que Quintiliano denominó la *poetarum enarratio*⁴, es decir, a hacer comprensibles los textos poéticos mediante la aplicación de una cornucopia de conocimientos, no solo lingüísticos, sino históricos, geográficos, mitológicos, métricos y de otra naturaleza⁵, labor que exigía grandes capacidades intelectuales. La *paideia*⁶ o «círculo de todas las artes y ciencias», idea presente ya en Cascales (*Cartas filológicas*, I, 2, p. 34) y otros autores siglos antes de la enciclopedia ilustrada, constituye la materia del *grammaticus*, que intenta dignificar su trabajo asumiendo en esta época otros términos como el de *crítico* o el de *erudito*, de empaque clásico y mucho más prestigioso, en lugar del de gramático, muy desprestigiado y convertido en arma arrojada contra estudiosos de cortas miras y escasas luces, como hace Lope en la *Filomena* contra el tordo gramático tras el que se esconde Torres Rámila.

Ahora bien, el erudito no es solo un humanista, es decir, un estudioso formado en el espíritu de los *studia humanitatis* y, por tanto, poseedor de una vasta y variada cultura, sino alguien altamente cualificado en un método de trabajo, que es el filológico, es decir, un hombre sabio que pertenece a un grupo selecto con una clara conciencia de su papel y muy corporativista⁷. Estamos, en cierto modo, ante una contradicción histórica, pues el Humanismo, que había surgido precisamente como una rebelión al principio de la autoridad de los escolásticos, acaba reproduciendo el mismo esquema, con una élite que pretende arrogarse el dominio y ejercicio del saber excluyendo todo tipo de intrusismo. Lo expresó muy bien Vives en su tratado *De la vida y costumbres del*

³ En *Cartas filológicas*, III, 3, p. 44.

⁴ *Cartas filológicas*, III, 3, p. 45: «El oficio del gramático, aquí y en otros lugares, dice el mismo [Quintiliano] que es la ciencia de hablar y explicación de los auctores; la primera se llama metódica, la última histórica».

⁵ *Cartas filológicas*, III, 3, p. 47: «Pues, si el poeta abraza tantas noticias de cosas, el gramático, que ha de explicar lo que aquel apuntó concisamente, o sean cosas tocantes al astrólogo, o al médico, o al jurisconsulto, o al teólogo, o al marinero, o al labrador, o al ciudadano, o al rey, o al pícaro, o al vivo, o al muerto, o a la tierra, o al cielo, o a los peces, o a las aves, o a los truenos, o a los relámpagos, o a los rayos, o a los gentiles, o a los cristianos, o a los sacrificios, o a los agüeros, o al diablo, o al ángel, el tal gramático, ¿qué cornucopia, qué cosecha de cosas habrá menester para cumplir con su oficio?».

⁶ Concepto equivalente a la erudición o Humanidad (Jehasse, 1976: 157).

⁷ Lo estudió bien Strosetzky (1997).

erudito, 1, 3: «Sucede que los hombres doctos, persuadidos de que aventajan a los demás en talento, discreción y conocimiento de las cosas —o de que así los creen las gentes— adquieren grandes aspiraciones, como si fuesen de casta superior, y no se creería hasta dónde llega su arrogancia»⁸. Sufrieron esta actitud muchos personajes, entre ellos Lope de Vega, sobre quien pesó su carencia de formación universitaria a pesar de sus denodados esfuerzos por demostrar su erudición⁹.

La autoconciencia de los humanistas provocó que en el seno de su gremio surgieran voces discrepantes y censoras de algunos fenómenos que ponían en entredicho la integridad del oficio y que afectaban a sus mismos fundamentos, empezando por el desconocimiento de las lenguas, no ya el griego, puesto que las limitaciones de los helenistas en número y alcance eran notorias, aunque el griego era un timbre de gloria intelectual y muchos afectaron su conocimiento (recuérdese el soneto de Tomé de Burguillos a los muchos que en este tiempo «saben griego sin haberlo estudiado») ¹⁰, sino de la misma lengua franca del humanismo. Las acusaciones de uso de un latín deplorable se multiplican en estos años con mayor o menor justicia. Cabe recordar a este propósito cómo la *Spongia*, el libelo contra Lope de Torres Rámila, se escribió en latín con la intención de que el poeta no pudiera entenderlo¹¹, poniendo de paso en entredicho el dominio de esta lengua en eminentes eruditos afines a Lope como González de Salas y otros¹².

Por otro lado, se empiezan a denunciar los excesos de los humanistas en el tratamiento de los textos, donde abundaban las correcciones *ope ingenii*, sin base textual, desvirtuando el sentido original¹³, asunto que afectaba a los

⁸ El tratado *De vita et moribus eruditi* está incluido en el quinto libro *De tradendis disciplinis*. Tomo la traducción de J. Ontañón, donde figura como libro VI (Vives, 1923: 242).

⁹ Véase Sánchez Laílla (2008).

¹⁰ Lope de Vega, *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos*, 75.

¹¹ Cf. Conde Parrado (2012: 44).

¹² Véase González de Salas (2003: I, 26).

¹³ A este propósito dice también Cascales, *Cartas filológicas*, III, 3, p. 64: «Que ultra de ser oficio del gramático enseñar a escribir y hablar, y explicar los auctores de que arriba bastante hemos tratado, le incumbe también la emendación de las lecciones, y el echar en todas estas cosas su juicio. Del cual usaron tan fuertemente los gramáticos antiguos, que tuvieron licencia y autoridad, no solo para castigar los versos con la vara de censores y críticos, y para degradar los libros a su parecer, falsamente intitulados, como subditicios y adulterinos; pero para poner en orden unos autores, y para sacar a otros del número de autores».

autores clásicos pero que era especialmente espinoso en el caso de los estudios bíblicos, que llevó a Erasmo en su *Stultitiae Laus* a censurar a los teólogos gramáticos que «moldean y remodelan según su talante los pasajes más oscuros de la Escritura como si fueran de cera»¹⁴. En España, Saavedra Fajardo expresó esta crítica a los métodos filológicos en la *República literaria*, siguiendo la tradición satírica del *somnium* clásico y humanístico¹⁵, donde denomina a los editores «remendones, ropavejeros y zapateros de viejo» (p. 141) y donde dibuja las protestas de una turba de autores latinos que aparecen «todos estropeados y acuchillados por las caras; quién sin narices, quién sin ojos; unos con dientes y cabelleras postizas, y otros con brazos y piernas de palo, tan desfigurados que ellos mismos se desconocían» (p. 182).

La cuestión del tratamiento de los clásicos es esencial porque el humanismo es también toda una forma de vivir en comunión constante con los autores de la Antigüedad que se plasma literariamente en la metáfora de «hablar con los muertos», presente, por ejemplo, en el soneto *Desde la Torre* de Quevedo¹⁶. Los sabios difuntos del pasado se siguen comunicando con nosotros por medio de los libros y el amor por los libros y la lectura es el sentimiento por excelencia del hombre sabio. El erudito se caracteriza por el empleo constante y riguroso de las fuentes antiguas en las que hace acopio de innumerables datos de la naturaleza más dispar, que luego se ve reflejado en la elaboración de extensos índices de escritores citados al final de las obras humanísticas, aunque este patrón cultural se extiende también a la creación poética, suscitando censuras como la que Cervantes hace en el prólogo del *Quijote* a Lope por la inclusión de tablas de autoridades en obras como *La Dragontea* o *El peregrino en su patria*. Esta bulimia libresca merece la parodia en páginas de Quevedo, que habla de la «libropesía» y dice que «no es erudito, que es sepulturero» el que acumula cuerpos o libros que no va a poder leer¹⁷. Y toda una corriente crítica que llegará hasta las *Cartas críticas* de Mayans, donde se afirma que la acumulación de libros produce una «disolución viciosa» que impide al hombre formarse un pensamiento propio¹⁸, aboga por la necesidad de que el erudito se haga con una biblioteca selecta, bajo la máxima de Plinio «*Multum legendum, sed non multa*», que encabezaba, precisamente, el soneto de Quevedo antes citado.

¹⁴ Cito por la traducción de P. Rodríguez Santidrián: *Elogio de la locura*, (53), p. 107.

¹⁵ Véase García López en su edición (Saavedra Fajardo, 2006: 16-20).

¹⁶ Quevedo, *Poesía original completa*, n.º 131, v. 3.

¹⁷ Quevedo, *Poesía original completa*, n.º 589, vv. 5-8.

¹⁸ Cf. Rueda (2015: 13).

Tras esta censura de la acumulación indiscriminada de libros se escondían, por un lado, la difusión de una conciencia que relativizaba la autoridad de los autores del pasado y reclamaba mayor peso del entendimiento o juicio personal¹⁹ y, por otro lado, el recelo por el aprovechamiento fraudulento de la erudición ajena, que presenta varias dimensiones. Hay que tener en cuenta que el trabajo básico del humanista, esto es, el comentario filológico, evolucionó desde un sencillo modelo, consistente en la anotación al margen de los textos para aclarar las dificultades de comprensión o las principales fuentes, a formas de notable complejidad que incluían la traducción y un comentario, en el cual eran partes fundamentales el establecimiento de la tradición en la que la obra en cuestión se enmarcaba y la alegación intensiva de autoridades para su interpretación²⁰. Se exigía conocer todo lo que los autores clásicos y sus intérpretes hubieran podido decir sobre un tema dado, a manera de un moderno estado de la cuestión, en el que el filólogo solo de forma esporádica cuestionaba, puntualizaba o condenaba los argumentos ajenos.

La tarea del humanista, instalado cómodamente en la técnica de la *amplificatio*, consistía en una auténtica taracea de materiales eruditos en la que la originalidad pasaba a un segundo plano, conectando sin descanso ideas por medio de un sistema de engarce de citas que no era ajeno al ideal humanístico de la imitación compuesta. A ello se añadía la práctica habitual de incluir excursos eruditos de toda especie, denominados con los nombres más diversos: *praeludia*, ilustraciones, devaneos, noticias, disertaciones, ilustraciones, etc²¹. El resultado eran libros mostrencos, donde, aparte de los índices a los que me he referido antes, encontramos multitud de notas al margen donde se reseñan puntualmente los autores leídos y citados, y páginas y páginas que son capaces de hundir un asno bajo su peso en la *República literaria* de Saavedra Fajardo (p. 212). Contra todo ello clamaba Gracián en el *Oráculo*, 27: «Estiman algunos los libros por la corpulencia, como si se escribiesen para ejercitar antes los brazos que los ingenios».

¹⁹ En estos términos se expresa Quevedo en *La cuna y la sepultura*, pp. 87-88: «Pocos son los que oi estudian algo por sí y por la razón, y deben a la experiencia alguna verdad; que cautivos en las cosas naturales de la autoridad de los griegos y latinos, no nos preciamos sino de creer lo que dijeron; y así merecen los modernos nombre de creyentes, como los antiguos de doctos».

²⁰ Traté de ello por extenso en mi edición de González de Salas (2003: I, 213-231).

²¹ Cf. Saavedra Fajardo, *República literaria*, p. 213: «El censor que recibía los libros de humanidad estaba muy afligido, cercado por todas partes de diversos comentarios, cuestiones, anotaciones, escolios, observaciones, castigaciones, centurias, lucubraciones...».

La condena de estos libros afecta incluso a la erudición más genuina, aquella que es el resultado de un esfuerzo personal de lectura y memorización del saber antiguo que se valió como herramienta auxiliar de los cartapacios, en los que el humanista hacía acopio de datos, citas e ideas tomadas de otros autores y ordenadas según los principios de la memoria artificial. Los cartapacios, no obstante, perdieron pronto su papel ancilar y se convirtieron en sustitutos del propio ejercicio memorístico; de esta forma, cuando alguno de estos índices se proponía en sí mismo como medio de acceso a un saber abreviado, nos encontramos ante el fenómeno de las oficinas, enciclopedias y polianteas. Estas obras, meras correas de transmisión entre los autores del pasado y el moderno lector, eran un pertrecho legítimo para el humanista, y así, por ejemplo, Gracián les concede un espacio en el *Palacio del entendimiento*²². Sin embargo, el recurso a estos libros sin lectura previa y efectiva se convierte en una práctica espuria, la «mentirosa erudición», que se manifiesta en citas descontextualizadas que pueden llevar a errores ridículos o en la ausencia de referencias exactas a las autoridades empleadas. Lope de Vega, a pesar de ser él mismo sospechoso habitual de estas prácticas, se refiere en el *Laurel de Apolo* (IX, 666 y ss.) a los «arrieros de cáfilas de autores / que siendo su tabaco polianteas / estornudan lugares» y se hacen habituales otras imágenes, como la del ratón de biblioteca, referida al autor que compone sus obras mordisqueando pasajes de otros autores²³, la de los mariscadores, que van recogiendo de las orillas o márgenes de los libros notas con las que adornar sus libros²⁴, o la de la corneja de la fábula que se vestía con plumas ajenas²⁵.

²² *El Criticón*, II, 4, p. 338.

²³ Cf. *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos*, n.º 165, vv. 12-14: «pues que por vos, segundo Gatilaso, / quedarán para siempre de ratones / libres las bibliotecas del Parnaso».

²⁴ Véase la epístola cuarta de *La Filomena*, vv. 49-57 (Vega, 2004: 215-216): «¡Oh cómo os escribiera maravillas / si fuera yo de aquestos nadadores / que van a mariscar por las orillas! / En ajenos trabajos inventores, / pasan a nuestra lengua la extranjera, / destruyendo librerías e impresores. / Trasladan el librazo comoquiera, / y dirigido a un príncipe, le venden / el nombre la página primera. / Tras esto, con la lengua y pluma ofenden / los estudios y márgenes de aquellos / de quien después secretamente aprenden».

²⁵ Así se refiere Cristóbal de Salazar Mardones a José Pellicer en carta a Andrés de Uztarroz: «muchos años antes que sacara a luz sus *Lecciones solemnes* al mismo poeta, me pidió prestadas unas *Soledades*, que yo tenía muy llenas de márgenes e ilustraciones, y se valió dellas de modo que apenas hay lugar en sus *Lecciones* que no sea hijo de mi cuidado y trabajo; y con ser corneja de los de Vmd., los míos y los de otros, adquiere alabanzas de algunos que le conocen por fama y no de presencia» (citado por Reyes, 1958: 141).

Por otro lado, se produce otro fenómeno igualmente censurable que consiste en la emancipación de la erudición, convertida en fin en sí mismo, cuando la labor de acopio de datos se desvincula de la interpretación de un texto determinado y se aprovecha el material, agrupado de forma temática y ordenada en capítulos, para escribir un libro propio. La *Silva de varia lección* de Pedro Mexía es un buen ejemplo de este tipo de obras, cuyos peligros son la inutilidad de la información agenciada y el inmodesto alarde de conocimientos, tan duramente criticados por Saavedra Fajardo²⁶. Este tipo de obras es el terrero de otro peligro que había que conjurar, consistente en que el ideal de la «noticiosa universalidad»²⁷ se convirtiera en el de la erudición superflua, repetida hasta la saciedad, que esquivaba a propósito los asuntos más complejos abundando en los más manidos. Los «tomos sin lomo, cuerpos sin alma» a los que se refería Gracián²⁸. La nueva mentalidad racionalista de esta época distingue entre saberes útiles y saberes inútiles y promueve censuras tan agrias como la de Saavedra Fajardo, en el retrato de un erudito preocupado por cosas banales de la Antigüedad y cuyos trabajos no tienen ninguna utilidad práctica²⁹. Todo ello se percibe como un desvío de los principios pedagógicos del humanismo, que tenía la obligación moral de educar al ignorante y sembrar la semilla de la igualdad por el estudio como medio de ascenso social. Abandonar este camino, esto es, la erudición que no está al servicio de una idea, se convierte en mera ostentación de sabiduría.

Otro fenómeno llamativo es el cambio de objeto al que se aplica la erudición, pues, si en origen son los autores grecolatinos los que merecían el estudio y comentario exhaustivo, son ahora los clásicos modernos, Garcilaso, luego Góngora, los que sirven de pretexto para los alardes eruditos. En principio, se trata de demostrar que son autores cultos, cuya poesía engarza directamente

²⁶ Cf. *República literaria*, p. 246: «los inclinados a juntar centones y sentencias ajenas y componer dellos una obra se daban a hacer escritorios de taracea y mesas de diversas piezas engastadas en mármol, y los que hacían repertorios a los libros eran ganapanes que trabajaban para los demás».

²⁷ Es acuñación de Gracián, *El Discreto*, XXV, p. 196 (cito por mi ed. de *Obras completas*).

²⁸ *El Criticón*, III, 3, p. 577.

²⁹ *República literaria*, p. 152: «¿Por ventura bastaría el celo a reprimilla [la risa] cuando en ella estuviera el más fervoroso, si quisiera corregir al humanista que vanamente gasta sus años empleando mal su ingenio en leer medallas, piedras antiguas, visitar ruinas y fragmentos de edificios y en averiguar, con la lección de varios manuscritos, si Cadmo usaba escarpines, si en los convites de Alejandro se sirvieron bisnagas, y quién fue el primero que las usó?». Véase Strosetzky (1997: 343).

con las tradiciones griegas y latinas, como quiso hacer González de Salas en sus comentarios a las poesías de Quevedo³⁰, pero esto obedece a un fenómeno general que busca prestigiar la poesía, considerada por muchos como mero entretenimiento, y al intento de extender el ideal de erudición al lector, que debía estar a la altura del poeta³¹. Baste recordar que, en las *Lecciones solemnes* sobre la poesía de Góngora (Madrid, Imprenta del Reino, 1630), José Pellicer consulta más de dos mil quinientos autores y hace más de doce mil referencias para justificar sus comentarios³². Esta desviación alcanza la categoría de perversión de la erudición, convertida en pura pedantería, en el mismo Pellicer, que llega a comentarse a sí mismo en *El fénix y su historia natural* (Madrid, Imprenta del Reino, 1630), en el que su ambicioso y mediocre poema gongorino va acompañado de veintidós *diatribes* o discursos cargados de noticias para ilustrar los versos.

Así, a pesar de que los alardes eruditos habían sido desde el principio la marca más señera del elitismo de los humanistas, la erudición se convierte en una grieta en el humanismo porque es fácilmente equiparable a la arrogancia. La ostentación no es en principio mala pues puede ser considerada una demostración de legítimo orgullo del sabio; de hecho es una de las prendas que para Gracián adornan la «corona de la discreción»³³, aunque el jesuita ya había advertido de sus peligros, circunscribiendo las demostraciones de sabiduría al ámbito de la prudencia y la moderación³⁴. La frontera entre la erudición legítima y la mera exhibición era en todo caso muy delgada y todos los humanistas, en mayor o menor medida, la traspasaron sin mayor aprensión, alimentando el estereotipo del humanista arrogante, convencido de su condición de ser superior.

El humanismo había nacido con la creencia de que el dominio del lenguaje y las disciplinas relativas aseguraban la comprensión integral del mundo y su dominio efectivo, y el mismo sentido de superioridad dio origen a manifes-

³⁰ Cf. Candelas Colodrón (2003: 148-150).

³¹ Obra significativa de este propósito es el *Libro de erudición poética* (en *Obras*, Madrid, Juan de la Cuesta, 1611) de Luis Carrillo y Sotomayor (Strosetzky, 1997: 216-217).

³² Cf. Cruz Casado (2004: 114).

³³ *El Discreto*, XXIV, p. 191.

³⁴ *Oráculo*, 277: «Es menester arte en el ostentar: aun lo muy excelente depende de circunstancias y no tiene siempre vez. Salió mal la ostentativa cuando le faltó su sazón. Ningún realce pide ser menos afectado, y parece siempre deste desaire; porque está muy al canto de la vanidad, y esta del desprecio. Ha de ser muy templada porque no dé en vulgar, y con los cuerdos está algo desacreditada su demasía».

taciones de literatura utópica, con repúblicas gobernadas por eruditos³⁵. Sin embargo, este convencimiento se confunde con la soberbia, pecado capital del humanista, repetidamente censurado, porque no podemos olvidar que el trabajo del Humanismo siempre tuvo una vertiente moral. La identificación del humanista con la soberbia venía ya de lejos e incluso Huarte de San Juan le había encontrado explicación científica, pues la arrogancia suponía un exceso de imaginativa y memoria que era propio de cerebros húmedos³⁶. Erasmo ya había censurado a los gramáticos y sus risibles motivos de orgullo³⁷ que, cuando andaban enredados en textos bíblicos, tanto se parecían a la soberbia de los herejes, puesto que la actividad de su crítica afectaba no solo a aspectos formales de los textos, sino también a sus contenidos³⁸. También Cascales recuerda que sobre la gramática se «abate la mayor soberbia» (*Cartas filológicas*, III, 3, p. 41), siendo este uno de los principales motivos para abandonar el apelativo de gramático por el más encarecedor de erudito.

Sin embargo, para la condena de la soberbia en el humanista se va a rescatar en este periodo un concepto de raigambre clásica, el de la filautía, noción aristotélica expuesta en la *Ética a Nicómaco*, 1168b, entendida como la perversión de la virtud del amor propio, orientado a la superación personal, que deviene un vicio consistente en ensalzar lo propio y menospreciar lo ajeno³⁹. El concepto original, una vez asimilado por el cristianismo, se vincularía con la soberbia, que es el pecado satánico y, por lo tanto, el peor de los pecados. Las advertencias contra la excesiva buena opinión de uno mismo son constantes en los textos humanísticos. En la *Stultitiae Laus* de Erasmo, el amor propio forma parte del cortejo de la Necedad⁴⁰. Montaigne llenó su librería de sentencias bíblicas en contra del hombre que se cree sabio⁴¹ y advirtió contra lo mismo

³⁵ Cf. Rico (1978: 900-901).

³⁶ *Examen de ingenios*, pp. 412-413. Cf. Gil Fernández (1997: 251).

³⁷ *Elogio de la locura*, (49), pp. 96-98.

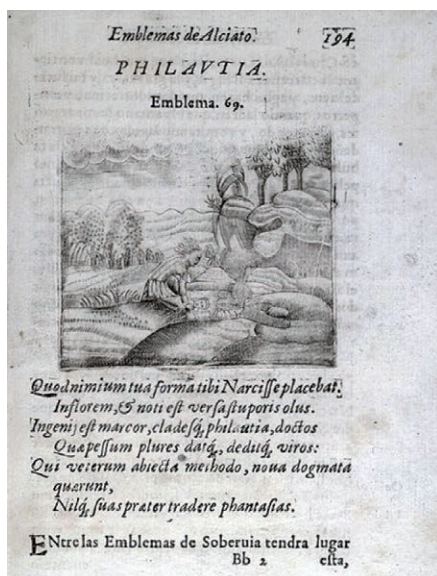
³⁸ La heterodoxia y la soberbia eran los rasgos más conspicuos en la imagen popular del humanista (véase Gil Fernández, 1997: 255-265).

³⁹ Cf. González Barrera (2011: 171).

⁴⁰ *Elogio de la locura*, (22), p. 57: «Si no existiera esta Filautía o amor propio, a quien reconozco como mi hermana legítima –y que en todas partes encuentro–, ¿qué de noble podrías realizar en tu vida y en la de los demás? Pues es propio no solo del arte, sino de toda acción, obrar con decoro –¿puede haber algo tan necio como gustarse y sentir admiración por uno mismo?».

⁴¹ Valga a modo de ejemplo la siguiente: «Vidisti hominem sapientem sibi videri? Magis illo spem habebit insipiens» (*Proverbios*, 26, 12). Véase Montaigne, *Ceuvres complètes*, pp. 1419-1425.

en su ensayo «De la presunción»⁴². Saavedra Fajardo, por boca de Demócrito, dice que los sabios son los hombres «más vanos, más enamorados de nosotros mismos, más despreciadores de los demás, y más arrogantes y pertinaces»⁴³. Son infinidad los textos en los que no ya se trata el concepto, sino que se usa el término de filautía, que no llegó a cuajar en la lengua romance, pero que es uno de los más característicos del Humanismo y que merecería un rastreo sistemático. No poco contribuyó a su difusión el emblema 69 de Alciato, en cuyo mote figuraba esta voz, incluso en la versión castellana de la *Declaración magistral sobre las emblemas de Andrés Alciato*, de Diego López (Nájera, Juan de Mongastón, 1615), que reproducimos aquí, y que elevaba la figura mítica de Narciso de su *pictura* a símbolo de la soberbia⁴⁴, como ya se deja traslucir en el texto de Saavedra Fajardo que acabamos de citar.



⁴² *Essais*, II, xvii, (*Œuvres complètes*, p. 617): «Il me semble que la mere nourrisse des plus fauces opinions et publiques et particulieres, c'est la trop bonne opinion que l'homme a de soy».

⁴³ *República literaria*, p. 260.

⁴⁴ Dice así Diego López, *Declaración magistral*, fol. 194: «Entre las emblemas de Soberbia tendrá lugar esta, en la cual se trata del amor que cada uno tiene a sí mismo y a sus propias cosas, y de tal suerte viene a ser soberbia que menosprecien y tengan en poco las cosas de otro que sin comparación saben mucho más que ellos. Pone en ella a Narciso, el cual se enamoró de sí mismo, y así le cuadra muy bien el título, *Philautia*, el amor de sí mismo». Bernardino Daza, en su versión de *Los emblemas de Alciato traducidos en rimas castellanas* (Lion, 1549), p. 228, traduce el lema como «El amor de sí mesmo».

Hasta cierto punto, la identificación del humanista con Narciso es paradójica porque, como señaló Vives en *De la vida y costumbres del erudito*, I, 7, el primer paso de la sabiduría es cumplir el mandato socrático de conocerse⁴⁵, lo que implica la contemplación de uno mismo, pero lo que se quiere subrayar es que esta búsqueda del autoconocimiento ha de ser sin narcisismo intelectual, esto es, sin complacencia, pues el auténtico sabio, en el examen de su conciencia, solo halla la auténtica dimensión de sus limitaciones⁴⁶. De ahí los constantes llamamientos a la humildad y el recordatorio de las palabras de san Pablo (1 Cor, 3, 19), para quien toda la sabiduría del mundo era estulticia del cielo⁴⁷.

El asunto es grave, porque, como hemos dicho, el trabajo del humanista partía de unos principios éticos de moderación y una actitud estoica que no debía ser alterada por ninguna pasión⁴⁸. Los alardes intelectuales planteaban numerosos problemas, empezando por situar la erudición como fin en sí mismo, rompiendo con la finalidad primordial del «nosce te ipsum», lo que da lugar a numerosas críticas a los que saben para todos menos para sí⁴⁹,

⁴⁵ Sigo en este caso y los siguientes la traducción de la Biblioteca Valenciana Digital (BIVALDI): «Sócrates dice que él no tiene tiempo para dedicarlo a la interpretación de las fábulas poéticas puesto que todavía no se conoce a sí mismo y es ridículo que aquel que no se conoce a sí mismo, investigue lo ajeno».

⁴⁶ Cf. Vives, *De la vida y costumbres del erudito*, I, 3: «No obstante, el seguidor de la sabiduría volverá la mirada hacia sí y no hallará mayor consuelo en los testimonios de los demás acerca de él que en su propia conciencia. Considerará cuántas cosas es consciente que desconoce y que los demás no dudan que sabe; cuántas veces sufre alucinaciones, resbala y se equivoca y cuán alejado de la verdad se halla. Así, no sin una grandísima razón y causa Sócrates, a quien el juicio unánime de Grecia llamó el más sabio de los hombres, confesó que ni él ni ningún otro sabía nada».

⁴⁷ Cf. Vives, *De la vida y costumbres del erudito*, I, 6: «Así pues, entre alabanzas a su persona álcese el hombre sabio a la contemplación de aquella santa y divina sabiduría, con cuya parte más baja, como dice Pablo, comparada toda la sabiduría humana, es pura demencia».

⁴⁸ Cf. Vives, *De la vida y costumbres del erudito*, II, 2: «Muestre verdaderamente sal y luz en la disposición de su ánimo, en el dominio de las pasiones y en sus palabras muy sabias y oportunas, para que su sabiduría no sea importuna y, por ende, afectada y odiosa, sino que, cuantas veces se revele, aparezca como una especie de salvación para los que se hallen presentes. La discreción y la moderación adornarán su gesto y su cuerpo todo, la gravedad y la constancia sus palabras y acciones, para que pueda ser para los otros un ejemplo para una parecida norma de vida. [...] Por todo ello, será más cauto en sus acciones, más precavido en sus juicios y del todo circunspecto en su modo de hablar».

⁴⁹ Cf. Vives, *De la vida y costumbres del erudito*, I, 7: «que sobre todo nuestra erudición sea para nuestro provecho; que no nos haga instrumentos para el bien ajeno, nuestra ruina;

tema repetido hasta la saciedad que encontramos, por ejemplo, en Saavedra Fajardo cuando habla de los que «como presuntuosos pavones, pagados de sus estudios, se pasean por esas calles muy preciados de sabios y entendidos en materias externas, sin saber nada de sí mismos, más incultos sus ánimos que las selvas, y más bárbaros e intratables que las fieras»⁵⁰. Montaigne había usado para expresar la misma idea la imagen del pájaro que transporta el grano en el buche y no lo traga, refiriéndose a los que no sacan provecho de la erudición que acumulan⁵¹.

Por otro lado, se cree que la ostentación busca un fin ilícito del saber. Si el objetivo del conocimiento es la virtud y el estudioso tiene su recompensa en los frutos del propio estudio, la vana erudición busca el premio de la fama, que genera irremediablemente el recelo de los hombres y pone siempre al erudito en trance de olvidar el verdadero sentido de su tarea. Cascales no censuró el deseo de gloria, que también consideró legítimo Saavedra Fajardo, aunque reflexionara sobre sus peligros en la empresa, «Fama nocet»⁵², pero lo vinculó siempre al ejercicio de la virtud del humanista: «Viva uno honesta y virtuosamente, que sin imágenes ni estatuas, la virtud que alcanzó por medio de la sabiduría, le dará nombre inmortal sin afectarlo»⁵³. Sobre todo, la fama deja de ser legítima cuando el erudito no se conforma solo con el reconocimiento de otros hombres sabios, que es lo único a lo que debe aspirar, sino que desea la gloria mundana.

La falta de moderación lleva aparejado otro fenómeno llamativo, que son las embestidas atrabiliarias entre los sabios. No en vano Palmireno señaló que

que no nos suceda lo mismo que a los malos médicos que sanan a los otros y no se curan a sí mismos, o a los que tocan la trompeta que incitan al combate a los demás, pero ellos no luchan, o a las velas que alumbran a los otros, mientras ellas se consumen».

⁵⁰ *República literaria*, p. 260.

⁵¹ *Essais*, I, xxv, «Du pedantisme» (*Œuvres complètes*, p. 135): «Nous ne travaillons qu'à remplir la memoire, et laissons l'entendement et la conscience vuide. Tout ainsi que les oyseaux vont quelquefois à la queste du grein et le portant au bec sans le taster, pour en faire bechée à leurs petits, ainsi nos pedantes vont pillotant la science dans le livres, et ne la logent qu'au bout de leurs lèvres, pour la dégorger seulement et mettre au vent».

⁵² En la *República literaria*, pp. 207-208, en sintonía con el pensamiento de Cascales, que hemos de remontar a Vives y su reflexión sobre la inanidad de la fama que no se fundamenta en la imitación de Cristo (*De la vida y costumbres del erudito*, I, 11-15), Saavedra Fajardo presenta la figura de la Gloria a los pies de la Virtud en una de las puertas alegóricas de la ciudad.

⁵³ *Cartas filológicas*, III, 2, p. 35.

la ira era uno de los vicios más arraigados de los hombres de letras⁵⁴, pues las polémicas y los ataques personales, que tienen siempre la erudición ajena en su punto de mira, son un mal endémico del Humanismo tardío. La crítica feroz⁵⁵, acompañada de la maledicencia y de la calumnia⁵⁶, que convierten al sabio en una fiera, como hemos visto en el último pasaje citado de Saavedra Fajardo, y el saber en un auténtico campo de batalla, con algunos episodios tan extremos como la polémica de la *Spongia* y su *Expostulatio* en torno a Lope de Vega⁵⁷, se plasma en infinidad de imágenes que podemos espigar por los textos humanísticos. Así el crudo censor es «roedor de toda cultura erudita»⁵⁸, gusano que no está «sino donde hay algo podrido»⁵⁹ o perro que pone su elocuencia al servicio de la injuria⁶⁰. Al hilo de la metáfora canina, las censuras acerbas de los humanistas son ladridos y mordiscos⁶¹, pero también peste, piedras, granizo, cizaña, veneno, dardos o tinta de calamar⁶². Esta extensa panoplia son también imágenes de la envidia que siembra la semilla de la discordia, quebrando el ideal humanístico de hermandad de los hombres doctos en la república de las letras⁶³. Lo que en el pensamiento viviano sobre la erudición era una guerra

⁵⁴ Junto con la soberbia y la lujuria (Gil Fernández, 1997: 263).

⁵⁵ Esta crítica desmedida es una de las caras perniciosas de la moneda en las relaciones entre humanistas, siendo la otra la adulación, censurada también por Erasmo en el *Elogio de la locura*, 50, p. 100.

⁵⁶ Cf. *Expostulatio Spongiae* (González-Barrera, 2011: 185): «¿cuál es ese Theatro de los Críticos quiénes le han puesto, si a los dioses les place, ese título en la república de literaria? Acaso tal vez la secta de los grajillos críticos, la más inútil y veleidosa de todas las que se ocupan de las letras, que desconoce no sólo las artes liberales, sino también todo civismo y condición humana, que no puede publicar ningún libro a no ser que sea uno que empiece con una ofensa y termine con otra [...]?».

⁵⁷ La *Expostulatio* fue en gran medida una apología de la erudición de Lope de Vega (González Barrera, 2011: 135) y una execración del autor de la *Spongia*, Torres Rámila, agrio censor y falso erudito.

⁵⁸ *Expostulatio Spongiae*, p. 169 (cito por la ed. y traducción de González Barrera, 2011).

⁵⁹ Quevedo, *La cuna y la sepultura*, p. 91.

⁶⁰ De acuerdo con el proverbio latino «Canina facundia», recogido por Erasmo, *Adagia*, II, iv, 34; véase González-Barrera (2011: 181 y 356).

⁶¹ Imágenes bien aprovechadas por Pellicer en la autoapología que precede al poema *El fénix* (1630), donde se defiende de las mordeduras del «lobo» Lope de Vega y Carpio (véase *infra*, nota 118).

⁶² Todas ellas se pueden espigar en la *Expostulatio Spongiae*, auténtico compendio de condenas contra el «rígido censor» de Lope de Vega, Pedro Torres Rámila.

⁶³ Cf. Vives, *De la vida y costumbres del erudito*, III, 7: «Las personas instruidas vivirán entre sí en concordia y con afabilidad. Para nosotros es, sin duda, muy vergonzoso que ladrones

colectiva de los sabios contra el vicio y la ignorancia⁶⁴, se concibe ahora bajo la especie del combate entre paladines por la primacía intelectual, y el natural intercambio de pareceres entre hombres cultos se reviste de retórica marcial⁶⁵, motivando constantes llamadas a la prudencia y la humildad⁶⁶. Como dijo Jehasse la república literaria nunca fue tranquila ni democrática, pues buscó constantemente príncipes o héroes de las letras⁶⁷, provocando el escándalo de muchos y el desprestigio casi irreparable de la profesión de humanista⁶⁸.

JOSÉ PELLICER, NARCISO DEL AIRE

Si hay un personaje representativo de los vicios del Humanismo barroco, ese es sin duda el zaragozano José Pellicer de Ossau Salas y Tovar, que concitó a lo

y rufianes convivan en mayor armonía que los eruditos»; y III, 17, con alusión a 1 Cor, 4, 3-4: «Los hombres doctos deben ser afectuosos unos para con otros, de tal manera que, según el parecer de Pablo, ni se juzguen mutuamente ni, una vez juzgados, lo lleven a mal, sino que unos y otros aguarden pacientemente el tribunal y aquel foro sagrado y justo del Señor». Todo este capítulo de Vives es una admonición sobre cómo el sabio ha de protegerse de los envidiosos. Para un buen resumen histórico del concepto de república de las letras, véase Álvarez Barrientos (2006: 19-37).

⁶⁴ Cf. *De la vida y costumbres del erudito*, II, 1: «El hombre docto, que ha de marchar al encuentro y presencia de los hombres, salga preparado y dispuesto como para un combate, para que en modo alguno sea conquistado por alguna de las malas pasiones que de todos lados nos asaltan y atacan»; y más adelante, II, 9, haciendo alusión a los debates de los sabios: «aunque a estas reuniones, sin duda, se las llame contiendas, luchas, combates y victorias, puesto que así ha perdurado hasta nosotros, ruego que cada uno sopesé cuán gran beneficio es librarse de la tiranía de la ignorancia que es la más grave y horrible de todas las servidumbres».

⁶⁵ Cf. *Expostulatio Spongiae* (González-Barrera, 2011: 169): «Frívola secta de hombres que, herida en su alma por la envidia, se esfuerza en atacar con armas ajenas a los que no osan retar en persona».

⁶⁶ Cf. Quevedo, *La cuna y la sepultura*, pp. 90-91: «[...] préciate de umano y misericordioso, conténtate con lo que tuvieres y no de suerte que te aflijas si te faltare; oye a todos y sabrás más. Y en los libros imita lo bueno y guárdalo en la memoria; y lo que no te pareciere tal no lo reprueves: discúlpalo si sabes, disimúlalo si puedes. Que no sé yo que aya más desdichado ni más ignorante género de gente que aquel que muestra su estudio en advertir descuidos y yerros ajenos, que las más veces los hazen ellos no entendiendo lo escrito».

⁶⁷ Jehasse (1976: 665).

⁶⁸ Otros muchos aspectos relativos al cultivo de la erudición serían interesantes, como la erudición venal al servicio de los nobles o la vena nacionalista de la erudición, pero creo haber apuntado con lo expuesto los aspectos fundamentales de la profunda revisión crítica que en el siglo XVII sufre el sueño del Humanismo.

largo de su vida, y muy especialmente en sus años de juventud, críticas airadas, cuando no patentes enemistades, por el manejo a veces fraudulento, a veces espurio, siempre excesivo, de la erudición. Se daba en él la doble condición de gramático, en el sentido lato de humanista, y de poeta, dos de las clases de necios censuradas por Erasmo⁶⁹, siendo por uno u otro lado blanco fácil de crudos censores. Conocida es la guerra que le libró Lope de Vega, cuyo trasfondo fue la consecución de cargos y honores, pero en la que los argumentos *ad hominem* tenían en gran medida que ver con el concepto de saber humanístico y la legitimidad de su uso⁷⁰. Nadie como el Fénix contribuyó más a la conversión de Pellicer en paradigma de los eruditos pedantes, pagados de sí mismos, a los que años más tarde Gracián denominaría con acierto «Narcisos del aire», por ser el aire imagen de la vanidad⁷¹, utilizando, entre otros expedientes, la vinculación emblemática de la fábula mitológica con la filautía⁷².

Quiero, sin embargo, llamar la atención sobre otro frente menor del aragonés, que importa por la entidad del adversario, Francisco de Cascales, y por el valor ejemplar que el argumentario empleado por el humanista murciano tiene para la primera parte de este trabajo. La epístola «A don Josef Pellicer» (*Cartas filológicas*, II, 5), cuya edición anotada seguirá a esta breve introducción, es testimonio único de un enfrentamiento entre eruditos que, por su carácter aislado, no merece otro apelativo que el de escaramuza, pero posee el valor de condensar los principios de la revisión crítica de la erudición siendo en sí misma un modelo de ejercicio erudito barroco⁷³.

La carta, sin datación, tiene su razón de ser en la recepción de la obra *El fénix y su historia natural* de Pellicer (Madrid, Imprenta del Reino, 1630), por

⁶⁹ *Elogio de la locura*, (49) y (50), pp. 96-98.

⁷⁰ Las jactancias sobre la prosapia de Pellicer, su matrimonio y, por supuesto, su filiación gongorina también dieron pie a las críticas de Lope. Para la historia de esta polémica, véanse los trabajos clásicos de Alonso (1955a y 1955b) y los más recientes de Rozas (1990), Marcos Álvarez (1986), Iglesias Feijoo (2001) y Carreño (ed. Vega, 2007: 56-70).

⁷¹ *El Criticón*, III, 7, p. 699: «Aquí hallaron los Narcisos del aire, que pareció novedad; porque los de los cristales, los pasados por agua, son ya vistos, aunque no vistosos. ¡Qué bien glosaban ellos mismos a todo lo que decían, y las más veces era un disparate!».

⁷² Conocida es la tesis de Rozas (1990: 157-162), para quien *La Gatomaquia* es una obra en clave, siendo el personaje de Micifuf, denominado «Zapinarciso» (I, v. 272) y «Micifuf Narciso» (I, v. 280), una parodia de Pellicer.

⁷³ La carta presenta concomitancias con otras tres ya citadas: «Contra las letras y todo género de artes y ciencias» (I, 2), «Sobre estar muy enfermo de estudios» (III, 2) y «En alabanza de la gramática» (III, 3).

lo que cabe aventurar que se escribiera en fechas inmediatamente posteriores, y consta de dos partes claramente diferenciadas. En la primera de ellas, Cascales acusa las críticas vertidas por el cronista real a propósito de sus *Tablas poéticas* (Murcia, Luis Berós, 1926), en particular, sobre su defensa de una ortografía etimológica y sobre la teoría explicativa de los diptongos castellanos. En su respuesta, Cascales reafirma su postura ortográfica con el apoyo de *L'arte poética* de Minturno (Venecia, Giovanni Andrea Valvassore, 1563) y desarrolla por extenso su concepción del diptongo castellano y la distinción entre diptongo y contracción o sinéresis aportando varios ejemplos, tanto de autores clásicos como del propio Pellicer. En este segundo asunto utiliza un expediente común en la literatura polémica, la cita textual de la opinión esgrimida por el oponente para rebatirla a continuación, aunque Cascales, muy seguro de sus conocimientos, y en este caso en contra de lo que es también habitual, prescinde de las *auctoritates* para respaldar sus argumentos.

La segunda parte está constituida por varios apuntes críticos a *El fénix* de Pellicer, empezando por una censura del metro empleado, que Cascales, de nuevo con el auxilio teórico de sus *Tablas poéticas*, considera impropio del género adjudicado a los versos del zaragozano. A ello se suman seis «notas» que, a manera de los escolios o las *castigationes* de los humanistas a los autores clásicos, ponen de relieve en la obra defectos de distinta índole: uso impropio de términos (nota 1) y conceptos (nota 2), manejo desafortunado de figuras retóricas (notas 3 y 5), defectos en la aplicación de reglas métricas (nota 4) y fallas en el conocimiento exacto de realidades históricas (nota 6). Las enmiendas propuestas se justifican en la mayor parte de los casos con la alegación de pasajes paralelos de autores latinos y, solo en el caso de la nota 6, recurriendo a la autoridad de Piero Valeriano.

Se trata, por tanto, de una carta en la que se mezclan elementos propios de la erudición humanística y otros de crítica literaria, por utilizar la caracterización de García Soriano en su edición de las *Cartas literarias*⁷⁴, pero que es sustancialmente un escrito polémico, aunque no tanto por las críticas al poema *El fénix*, pues, en realidad, poca tacha son seis notas y una escueta consideración genérica en el conjunto de los 1131 versos que componen el poema, que entran dentro de la natural discrepancia de pareceres entre filólogos. La carta es pretendidamente polémica porque los contenidos van entreverados de una

⁷⁴ El editor ubica esta epístola exclusivamente en el grupo de las cartas «de polémica y crítica literaria» (Cascales, 1952: xxxix).

serie de censuras que constituyen en su conjunto una reprobación absoluta de Pellicer tanto en el plano profesional como en el personal.

Con respecto al primero, la crítica principal atañe a la erudición contenida particularmente en la *Historia natural*, considerada por Cascales «embeleco y tramoya de su vanidad para espantar el pueblo», aunque los excesos en este terreno, tan llamativos para un lector moderno, parecen lo de menos, pues eran moneda corriente en la literatura humanística y las propias *Cartas filológicas* reflejan los mismos mecanismos de construcción, basados en el acarreo de citas con un hilo temático⁷⁵. Prueba de ello es que el autor apenas alude a la acumulación de saber, sino que apunta a la práctica reprobable del plagio («con observaciones no suyas, sino de otros autores cuyos nombres calla, atribuyéndose el trabajo ajeno») y vierte sobre Pellicer acusaciones de ignorancia, unas veces de forma poco amable, como en el asunto de la ortografía, y otras de forma más velada, caso de la descripción del libro antiguo en la nota 6. La desconsideración llega también de forma oblicua en su repaso sobre la naturaleza de los diptongos castellanos y latinos, donde sugiere el flaco conocimiento que del latín tenía el zaragozano, lo que para un humanista constituye en esta época toda una enmienda a la totalidad.

Sin embargo, la inquina de Cascales se muestra especialmente demoledora en la pintura moral de Pellicer, pues abunda en trazos gruesos sobre su carácter soberbio y airado, convirtiéndolo en prototipo de humanista averiado. Así don José se perfila como persona fatua, que, ignorando la lucidez socrática, es incapaz de reconocer sus limitaciones en el campo de los estudios («vuestra merced que piensa que él solo lo sabe todo»); que, a pesar de su juventud, se arroga la primacía entre los sabios («Solo vuestra merced es el único en el mundo que ha tocado la meta de la sabiduría»); un enfermo de filautía («un jovenete enamorado de sí mismo») que no se para en barras a la hora de manifestar el alto concepto que de sí tiene, menospreciando las enemistades granjeadas por su vanagloria («Siquiera de su daño debe reportarse»). Porque, si bien hasta cierto punto es comprensible que Pellicer quisiera hacerse un hueco en el panorama intelectual desafiando con desparpajo a los sabios más prestigiosos de la época, Cascales no puede sufrir la agresividad («crítico feroz y temerario») y displicencia («con tanto imperio como si fuera *divum pater atque hominum rex*») con que el joven lo trató a él y a otros eruditos en su *Fénix*. El autor de la

⁷⁵ No obstante, la carta, uno de los vehículos de difusión del saber más característicos de la literatura didáctica y científica de esta época, exigía en todo momento, por su breve formato, moderación y equilibrio.

.....

epístola despliega una isotopía cuasibélica (derribar, hollar, atropellar, morder, pellizcar, alancear) para referirse a la forma hostil con que Pellicer se conduce en el campo filológico, que se sintetiza en los términos «descortesía» y «desprecio»; frente a la estampa decididamente ingrata del poeta, Cascales se postula como modelo contrapuesto echando mano de un repertorio léxico más que benévolo, en el que la «modestia», la «reverencia» y la «cortesía» dotan de contenido ético a la imagen ideal del humanista a la que él aspira.

Poco importa que esta oposición maniquea ponga en entredicho el «cándido pecho» de Cascales. El propósito último de su invectiva era personificar en José Pellicer un modelo nefasto de entender y ejercer el noble oficio del Humanismo. Lo logró en gran medida, en colaboración con muchas otras voces atrabiliarias, pues todavía hoy pesa sobre el aragonés el retrato poco amable que de él hicieron sus contemporáneos, aunque, como señaló Dámaso Alonso, en realidad Pellicer «sintetizaba como dechado y exageraba los defectos de todos»⁷⁶.

⁷⁶ Alonso (1955a: 478).

A DON JOSEF DE PELLICER⁷⁷
EPÍSTOLA V⁷⁸

Dos sentencias veo encontradas⁷⁹, una del sabio que dijo con humildad (virtud requisita y necesaria en los doctos), «Hoc unum scio, me nihil scire»⁸⁰, y otra de vuestra merced que piensa que él solo lo sabe todo. Lo primero, aunque considerando lo mucho que hay que saber, porque cada ciencia tiene inmenso fondo, se puede confesar que nadie sabe nada, pero es sin duda que quien estudia cada día sabe más y halla nuevos provechos y aumentos de sabiduría, y el primer grado de la sabiduría es procurar salir de la ignorancia. Horacio:

*Sapientia prima est stultitia caruisse*⁸¹

Lo segundo, que es pensar uno que lo sabe todo, es pensamiento tan desvanecido que llega a ser delirio, porque el que más sabe ignora infinitas veces más que sabe; y como la ciencia es de condición esférica⁸², aunque más vueltas le dé

⁷⁷ He tenido en cuenta para esta transcripción las dos ediciones antiguas de las *Cartas filológicas* (Madrid, Luis Berós, 1634; y Madrid, Antonio de Sancha, 1779) y la moderna de Justo García Soriano (Madrid, Espasa-Calpe S.A., 1953, vol. 2). En la transcripción del texto se ha procedido a la modernización ortográfica, respetando algunas peculiaridades que pudieran ser pertinentes desde el punto de vista fonético (*aumentos, proprio, reprehende*) y algunas prácticas escriturarias de la época (*deste, desotros*). Se han desarrollado las abreviaturas y el signo & se ha transcrito como *e* en el texto castellano y como *et* en el latino. Los párrafos se han dividido siguiendo la lógica del discurso. En cuanto a los textos latinos, se ha llevado a cabo una regularización de las grafías.

⁷⁸ La ed. de 1779, p. 158, añade tras el título: «Defendiéndose el Autor contra él de ciertas faltas que le puso injustamente».

⁷⁹ 'opuestas' (*Autoridades*).

⁸⁰ «Solo sé que no sé nada» es el célebre dicho atribuido a Sócrates (el «sabio» del texto) en Platón, *Apología de Sócrates*, 21d, y recogido por Erasmo, *Adagia*, III, III, 1, «Sileni Alcibiadis»: «solus hic hoc unum scire se dictitabat quod nihil sciret». Cascales reproduce aquí una formulación proverbial muy difundida.

⁸¹ En la edición de 1779, p. 158, se obvia el verbo «est». Corresponde a Horacio, *Epistulae*, I, I, 41-42: «Virtus est vitium fugere et sapientia prima / stultitiae caruisse». Cascales traduce el pasaje en la última frase antes de la cita.

⁸² Es la idea de la enciclopedia, definida por Covarrubias, *Tesoro*, de la siguiente manera: «vale tanto como ciencia universal o circular, porque todas se van encadenando unas con otras y haciendo como un círculo en que se comprehenden». Cascales emplea esta idea en otros lugares, como *Cartas filológicas*, I, 2: «la enciclopedia o círculo de todas las artes y ciencias» (p. 36).

el deseoso de saber, no le puede hallar fin⁸³. Solo vuestra merced es el único en el mundo que ha tocado la meta de la sabiduría⁸⁴. Así lo entiendo yo y todos los que ven sus libros, en que con tan desordenada licencia derriba a los hombres más doctos de Europa con observaciones no suyas, sino de otros autores cuyos nombres calla, atribuyéndose el trabajo ajeno⁸⁵; y los dueños de aquellas notas las hacen con reverencia, señalando y no ejecutando, como corteses y diestros esgrimidores⁸⁶. A lo menos pórtese vuestra merced ni tan humilde como el otro, ni tan arrogante como vuestra merced. Siga al doctísimo Horacio:

*Est inter Tanaim quiddam socerumque Viseli*⁸⁷

⁸³ Es idea clásica frecuentemente utilizada; cf. Vives, *De la vida y costumbres del erudito*, I, 2: «Tendrá afán por saber y en ningún momento pensará que ha llegado a la cumbre de la erudición. Una sentencia de Séneca dice con gran agudeza: “muchos habrían podido llegar a la sabiduría, si no hubieran creído que ya habían llegado” [*De tranquillitate animi*, 1, 16]. El mismo autor dice en sus *Epístolas a Lucilio*: “has de aprender mientras dure tu ignorancia, y si damos crédito al proverbio, mientras vivas” [*Epistulae morales ad Lucilium*, 76, 3], puesto que nada hay en toda la naturaleza tan al alcance de todos y fácil que no pueda entretener la vida entera del hombre».

⁸⁴ Cf. la censura de Julio Columbario al autor de la *Spongia*: «¡Oh, vosotros, peste de la república literaria, que os creéis que habéis obtenido el primado en la ciencia cuando con un juramento y unos votos encadenasteis vuestro nombre a la calumnia» (González-Barrera, 2011: 293).

⁸⁵ Cf. las advertencias de Vives sobre el hurto intelectual: «se ha de enseñar sin envidia y aprender sin rubor, siempre se ha de mostrar gratitud hacia el maestro, no se han de usurpar los hallazgos ajenos» (*De la vida y costumbres del erudito*, II, 6). Pellicer hubo de sufrir abundantes acusaciones de plagio. Véase, por ejemplo, la queja de Cristóbal de Salazar Mardones, comentarista de la *Fábula de Píramo y Tisbe* de Góngora, en carta a Andrés de Uztarroz, recogida en Reyes (1958: 143-144): «¿Y si yo hablase de mis trabajos? ¿No me hurtó todas las notas que trabajé en Salamanca sobre las *Soledades* de D. Luis de Góngora, y después las imprimió por suyas, acompañándolas con cien mil boberías, que son las que ríen aun los quadros de los bodegonos? Vm. preste paciencia, y jamás los libros, a quien se viste cornejamente de plumas ajenas». Véase también el texto citado *supra*, nota 25. También copió algunos pasajes del comentario de Salcedo Coronel al *Polifemo* en sus *Lecciones solemnes* (Alonso, 1955a: 478).

⁸⁶ Señalar en la esgrima es hacer un amago de estocada (*Autoridades*) sin llegar a herir o ejecutar. La imagen del esgrimidor es muestra de la retórica marcial a la que hacíamos referencia en la primera parte de este trabajo.

⁸⁷ La edición de 1779, p. 159, presenta la variante «socerum». Es un pasaje de Horacio, *Satirae*, I, 1, 105: «est inter Tanain quiddam socerumque Viselli» («hay un término medio entre Tánais y el suegro de Viselio», trad. de H. Silvestre). El verso remite a la idea horaciana, reflejada en tantos lugares, del justo medio.

¿A los veinticuatro años de su edad⁸⁸ se persuade vuestra merced que sabe para enmendar y castigar tan rigurosa y descortésmente a gravísimos varones que han escrito con aprobación y aplauso de todo el orbe?⁸⁹. ¡Oh, crítico feroz y temerario! Siquiera temeroso de su daño debe reportarse. Y si a mí no me cree, crea al gran Periandro Corintio:

*Multis terribilis, caveto multos*⁹⁰

⁸⁸ La edad no es acertada. Cuando Pellicer publicó su *Fénix* en 1630 contaba ya con la edad de veintiocho años, siendo esta carta posterior a esta fecha. El error pudo estar motivado por lo que dice el padre Juan Luis de la Cerda en la aprobación del libro, donde repasa los títulos de Pellicer hasta la fecha: «que aun para pensar los asuntos es menester una vida muy larga, cuanto más escrito en veinticuatro años». En todo caso, Cascales se hace eco del tópico que vincula pedantería y juventud y que obras tempranas como la *Historia natural* de Pellicer o *La España defendida* de Quevedo, atestadas de alardes eruditos, parecen corroborar. También Julio Columbario, en la *Expostulatio*, lamentó la desfachatez de los «críticos noveles» que estaban tras la *Spongia* contra Lope (González-Barrera, 2011: 301). Pellicer justificaría sus alardes eruditos en la dedicatoria «A los doctísimos ingenios de España» de las *Lecciones solemnes* (Madrid, Imprenta del Reino, 1630): «en mis años viene a ser decente el atrevimiento, porque tiene la poca edad el perdón muy cerca de los descuidos, y se suple de la mocedad lo que falta de estudio, admitiéndose por verdor la puerilidad. Esta salida me enseña Quintiliano, dándome licencia para que no desdeñe el fruto de los estudios, aunque no esté maduro, que no implica lo verde para lo dulce».

⁸⁹ El poema *El Fénix* de Pellicer se publicó en 1630 (*El Fénix y su historia natural*, Madrid, Imprenta del Reino, a costa de Pedro Coello) con el acompañamiento de veintidós «ejercitaciones, diatribes o capítulos», como reza la portada del volumen, en las que ilustraba su poema con toda la erudición antigua en torno al ave fénix y otras noticias más o menos relacionadas. Los doscientos sesenta folios de comentarios, llenos de variada y pedantesca información, que tienen portada propia dentro del volumen con el título de «Diatribes o exercitaciones a la phoenicología, o naturaleza del fénix», constituyen la *Historia natural* del animal mítico. Cascales censura aquí la frecuencia con que Pellicer trae a colación a lo largo de estas páginas las opiniones de otros humanistas para corregirlas o censurarlas, a veces agriamente. En lo que es toda una declaración de intenciones, la portada de sus «diatribes» lleva el siguiente subtítulo: «Donde se cifran las más escogidas flores de todas las ciencias, se tocan muchos lugares de la sagrada y profana erudición, se restituyen muchos en su sentido legítimo, castigando algunos críticos de nuestro siglo». Cerca de novecientas autoridades empleó Pellicer en la composición de sus comentarios, recogidas en el «Índice de los autores de todas las facultades que don Josef Pellicer cita, refuta, nota y alaba en este libro del Fénix», que ocupa siete folios y medio en los preliminares de la obra.

⁹⁰ «Si eres terrible a muchos, guárdate de muchos». Es sentencia atribuida a Periandro, tirano de Corinto, célebre por su cautela y uno de los Siete Sabios de Grecia. La recoge Ausonio, *Eorundem septem sapientum sententiae septenis versibus ab eodem Ausonio explicatae*, «Periander Corinthius», 5.

¿Qué hace vuestra merced ofendiendo a muchos? Hace muchos enemigos contra sí. Si esto es discreción o ignorancia, senténcielo un alcalde de Boceguillas⁹¹. Dirá vuestra merced que, pues hablo enojado, que en algo me ha ofendido. Es verdad que, si no lo estuviera, no hablara palabra, que es en mí de gran precio la modestia y cortesía. En su *Fénix* topó vuestra merced conmigo en dos cositas, las más triviales del mundo, notadas⁹² con tanto imperio⁹³ como si fuera «divum pater atque hominum rex»⁹⁴. En el comentario⁹⁵ de su *Fénix*, que llama «Diatribes»⁹⁶, embeleco y tramoya de su vanidad para espantar⁹⁷ el pueblo, dice que yo erré en lo que digo en mis *Tablas poéticas*, folio 145, que,

⁹¹ El alcalde de Boceguillas, localidad segoviana, parece ser figura popular de chusca necesidad. Así lo indica su presencia en el *Entremés del degollado*, donde la tendera Teresa lo acusa de haberse comido sus rábanos («TERESA: Y he de hacer que el tontón traga escudillas no sea más alcalde en Boceguillas»; Cotarelo y Mori, 1908: 95), y en la *Mojiganga del doctor* de Francisco Serrano («Esc.: Advierta vuesaerced que no hablo en balde, / y es que el lugar le nombra por alcalde, / y en el concejo todos sin rencillas, / dicen que lo ha de ser de Boceguillas; / y en aquesto no dicen barbarismos, / pues serán sus sentencias aforismos, / y tendremos el Corpus: ¡qué alegría!»; Cañedo Fernández, 1970: 170). Correas (1967: 634) recoge la frase proverbial «¿Estamos en Boceguillas? Dícese a confusión, poco respeto y bobería». En Boceguillas ubicaba el manuscrito de *Trece por docena* la impresión de esta jocosa censura de Valentín de Céspedes al pueril predicador Ormazá (Céspedes, 1998: 64). En todo caso la idea sugerida por Cascales está clara: hasta el más necio de los jueces (pues los alcaldes administraban justicia) calificaría de ignorante la actitud de Pellicer.

⁹² ‘censuradas’ (*Autoridades*).

⁹³ ‘autoridad’ (*Autoridades*).

⁹⁴ «Padre de dioses y rey de los humanos» son apelativos de Júpiter en Virgilio, *Aeneis*, I, 65.

⁹⁵ ‘glosa’ o ‘aclaración’ (*Autoridades*).

⁹⁶ La voz *diatribe* es calco del griego y ha de entenderse en el sentido etimológico de ‘discurso’ o ‘ disertación’, pero alejado de las connotaciones acres o violentas que tiene hoy la palabra *diatriba*. En este sentido, es sinónimo de *exercitatio* o ejercitación, que es, en el ámbito de la Retórica, la disciplina práctica que seguía a la interpretación de los textos y que consistía precisamente en la composición y comentario de textos (Mañas Viniegra, 1996: 337). El propio Pellicer justificó el uso de este término en el «Preludio o apología de don Josef Pellicer por sí mismo» que precede al poema: «Algunos, aun antes de salir, han querido censurar este título, pareciéndoles *diatribe* voz dura; pero ninguna hay más propia para la materia que se trata, y es lo mismo que conversación familiar, ejercicio o estudio, si bien Aulo Gelio, en el libro primero, capítulo dieciséis, y libro diez, capítulo quince, de sus *Noches áticas*, usurpa esta voz por el lugar mismo donde se disputa o estudia, y en una y otra significación está ajustada a la materia del libro. Solo algún inconveniente podía ser el españolizar la voz griega y latina, pero cómo ha de ser, yo lo diré en la defensa del estilo que sacaré al principio de mis *Lecciones solemnes* muy presto».

⁹⁷ Entiéndase ‘asombrar’ (*Autoridades*).

de escribirse la dicción con *ph* se conoce traer su origen de la lengua griega⁹⁸. Mis palabras son estas: «La *y* sirva solamente a las dicciones griegas (*sátyra*⁹⁹, *syrtes*); la *ph*, otro tanto (*philósopho*, *phantasma*), aunque modernos alfabetistas¹⁰⁰ han querido quitar la *y* y la *ph* de nuestro abecedario fundándose, a lo que pienso, en que ya aquellas dicciones griegas se han naturalizado y hecho castellanas¹⁰¹. No errará quien esto siguiere, pero más me atengo al uso antiguo como fundado en doctrina, porque de aquella manera no se confunde la etimología del vocablo, pues, de verle escrito así, conocemos traer su origen de la lengua griega»¹⁰². Hasta aquí es texto mío¹⁰³.

¿Quién puede dudar esta doctrina? ¿Quién la puede impugnar sino un jovenete¹⁰⁴ enamorado de sí mismo¹⁰⁵ que, sin respeto a las venerables canas de autores gravísimos, los huella, atropella, muerde y alancea:¹⁰⁶. Lo mismo que yo dice el doctísimo Minturno, obispo de Ugento, en su poética toscana, con estas palabras¹⁰⁷: «Io ho sempre udito che parlar si deva come comunal-

⁹⁸ En la «Ejercitación II. De la ortografía desta dicción, Phoenix o fénix». El subtítulo lleva la indicación «Francisco de Cascales, impugnado» (fol. 15r). La referencia a Cascales se halla en fol. 21v (por error el folio lleva el número 22).

⁹⁹ «Sátyro» en la ed. de 1779, p. 160.

¹⁰⁰ Entiéndase 'ortógrafos'.

¹⁰¹ Autores tan destacados como Juan de Valdés en su *Diálogo de la lengua*, o Pedro de Madariaga, Gonzalo Correa, Mateo Alemán y Jiménez Patón en sus respectivos tratados de ortografía, fueron de esta opinión (Esteve Serrano, 1982: 344-345, 346, 349-350).

¹⁰² Cascales si sitúa así en la línea de Antonio de Torquemada, López de Velasco o Bravo Grájera (Esteve Serrano, 1982: 344, 347 y 351).

¹⁰³ El texto, con alguna palabra de más, aquí eliminada sin que afecte al sentido, se encuentra en las páginas 145-146 de las *Tablas poéticas del licenciado Francisco Cascales*, Murcia, Luis Berós, 1626 (Brancaforte, 1975: 96-97).

¹⁰⁴ Entiéndase 'jovenito'. Es voz despectiva. *Autoridades* recoge la forma *joveneto*.

¹⁰⁵ Referencia a Narciso como emblema de la *filautía* o soberbia que afecta a los humanistas, de acuerdo con el emblema 69 de Andrea Alciato. En la epístola «Sobre el estar muy enfermo de estudios» (*Cartas filológicas*, III, 2, p. 37) también dice que los doctos españoles, están «tan enamorados de sí mismos, que *solum se suaque mirantur*, y es menester fuerza de encanto para desnarcisarlos». La alusión mítica con el propósito de satirizar no es práctica rara en Cascales (véase Moya del Baño, 2006: 621-624; y Fuentes González, 2007: 272-274).

¹⁰⁶ Imágenes habituales de la crítica feroz y nueva muestra de la retórica bélica de los humanistas.

¹⁰⁷ Con «poética toscana» Cascales se refiere a *L'arte poetica del Sig. Antonio Minturno, nella quale si contengono i precetti heroici, tragici, comici, satyrici e d'ogni altra Poesia* (Venecia, Giovanni Andrea Valvassore, 1563), que había sido fuente principal, junto con la obra de Robortello, de sus *Tablas poéticas*. El pasaje citado, transcrito con numerosas imprecisi-

mente si parla, ma non che si scrivano le parole come d'il volgo ignorante si scrivano. E la ragione è che, benché i dotti scriptori l'uso d'il parlare al popolo concedano¹⁰⁸, non di meno la sciencia se ne reservano, de la quale gran parte n'ello scrivere consiste; conciosia che de le figure degli elementi cognoscer ci si faccia quali sieno le parole e onde habbiano origine, a la qual noticia mai perverrebbe chi nello scriver l'uso d'il volgo seghitasse. Chi mai saperebbe *honore, habito, hora* e simile particelle esser tolte de la lingua latina, e *myrto, nimpha*¹⁰⁹, *philosopho*, de la greca ove scrite le vedesse come le scriverebbe¹¹⁰ un simpliceto e ignorante fanciullo: *onore, abito, ora, mirto, ninfa, filosofia?*». ¿Esto lo puede refutar sino un...? Pero más vale callar, que bien sintió Mario Corrado, libro 1 *De lingua latina*, contra los demasiadamente atrevidos en esto: «Nec audiendi sunt [...] iniquissimi in Latinam linguam homines, qui latinatatem esse extinctam cupientes, nunc litterarum sonos, nunc syllabarum tempora, nunc aspirationum voces, nunc verborum accentus, nunc sermonis doctrinam, nunc recte scribendi scientiam nullam esse hodie cavillantur»¹¹¹. Y

siones, se halla en las páginas 294-295. Dice así: «Io ho sempre udito che parlar si debba come comunalmente si parla, ma non che si scrivano le parole come dal volgo ignorante si scrivono. E la ragione è, benché i dotti scrittori l'uso del parlare al popolo concedano, nondimeno la scienza se ne riservano, della quale gran parte nello scrivere consiste; conciosia che dalle figure degli elementi conocer ci si faccia quali sieno le parole e onde habbiano origine, alla qual noticia mai non perverrebbe chi nello scrivere l'uso del volgo seguitasse. Chi mai saprebbe *honore, habito, hora* e simili particelle esser tolte dalla lingua latina, e *Pirro, myrtho, nympha, philosophia* dalla greca, ove scrite le vedesse come le scriverebbe un simplicetto e ignorante fanciullo: *onore, abito, ora, Pirro, mirto, ninfa, filosofia?*» («Yo siempre he oído que se debe hablar como comúnmente se habla, pero no que se escriban las palabras como son escritas por el vulgo ignorante. Y la razón es que, aunque los doctos escritores conceden al pueblo el uso del habla, sin embargo, se reservan su ciencia, gran parte de la cual consiste en la escritura; dado que por la forma de los elementos uno alcanza a conocer cómo son las palabras y de dónde tienen origen, a cuya noticia no llegaría nunca quien siguiese en la escritura el uso del vulgo. ¿Quién sabría que *honor, habito, hora*, y partículas semejantes se han tomado de la lengua latina, y *Pirro, myrtho, nympha, philosophia* de la griega, en caso de que las viese escritas como las escribiría un mozo simple e ignorante: *onore, abito, ora, Pirro, mirto, ninfa, filosofia?*»).

¹⁰⁸ «Concedan» en la ed. de 1779, p. 161.

¹⁰⁹ Léese en fol. 60 «mimpha», por error que corrige la ed. de 1779, p. 161.

¹¹⁰ El ejemplar que manejo presenta, en el fol. 60, por error, la forma «scriverable», corregida manualmente en el margen. Corrige también la ed. de 1779, p. 161.

¹¹¹ Quinto Mario Corrado, *De lingua latina ad Marcellum Corradum fratrem libri XII*, Venecia, Andrea Valvassori, 1569, fol. 23v: «Y no hay que escuchar a algunos hombres enemigos acérrimos de la lengua latina que, deseando que desaparezca la latinidad, dicen

el señor don Josef, si sustenta, como romancista idiota¹¹², que se ha de escribir con *fy* no con *ph*, ¿cómo escribe su nombre, Josef, con *ph* y no con *f*?¹¹³. ¿Tan olvidado estaba de sí propio? Demás deso ¿no sabe que la *ph* no se convierte en *f* sino en *p*, como *Josephus*, *Josepus*; y *Joseph* en romance *Jusepe*; y *Phalanto*, *Palanto*; y *phantasma*, *pantasma*?¹¹⁴. Aprenda más o presuma menos.

Y su impugnación, como tan leve, yo la disimulara, mas su descortesía no¹¹⁵. ¿Qué cosa es decir: «un Francisco de Cascales»?¹¹⁶. Y si aquí me tiene por tan humilde, ¿cómo allá en la tabla dice: «Francisco de Cascales, insigne historiador notado»?¹¹⁷. ¿Es por honrarse y engrandecerse de haber notado y corregido a un hombre insigne? ¿Grande salpullido de vanagloria tiene! ¿Piensa que, por ser Pellicer, lleva licencia *in scriptis* de pellizcar a todos con tanta libertad como si el juicio de las letras humanas y divinas pasara ante su tribunal?¹¹⁸.

neciamente que hoy ora el sonido de las letras, ora la duración de las sílabas, ora los sonidos de las aspiraciones, ora los acentos de los verbos, ora la doctrina del discurso, ora la ciencia de escribir correctamente, no tienen ninguna importancia».

¹¹² Entiéndase 'como ignorante que solo conoce la lengua romance'.

¹¹³ Así es: Pellicer escribe «Joseph» en todos los casos, empezando por la portada de *El fénix y su historia natural*.

¹¹⁴ De «peregrinas reglas de conversión fonética» califica García Berrio (1988: 227) la argumentación empleada aquí por Cascales.

¹¹⁵ Se percibe en esta puntualización la importancia que en el Humanismo tienen las formas, inspiradas en los principios de moderación y virtud; cf. Vives, *De la vida y costumbres del erudito*, II, 4: «Los eruditos se mostrarán amables, afables, mesurados, invictos por pasiones depravadas, y demostrarán cuánto puede hacer la sabiduría en la mente humana, si gobierna en ella, y qué gran distancia separa al sabio del necio».

¹¹⁶ Dice así Pellicer (fol. 21v): «Bien usado está el rito en Castilla, con que se prueba tener la *f* fuerza de φ *ph*, en español, y deberse decir *fénix* y o *Phoenix*, contra el juicio de algunos alfabetistas y de un Francisco de Cascales que pretende haya en el alfabeto español *ph* para escribir las dicciones griegas, añadiendo que, de ver escrita la dicción con *ph* se conoce ser griega. Error por cierto, según queda dicho, de la potestad doblada de la *f*, pues pronunciando *phoenix* o *fénix* no se conoce si está con carácter de *ph* o de *f*, y, sin embargo, alcanzamos si es dicción griega; lo mismo sucede en *Faetón*».

¹¹⁷ Con «tabla» se refiere al «Índice de lo más notable deste libro del *Fénix*», que ocupa los últimos dieciséis folios, sin numeración, del volumen.

¹¹⁸ Ha de entenderse que Pellicer se siente autorizado por su propio nombre (*in scriptis*) para pellizcar, esto es, para atacar a sus colegas humanistas. El juego chistoso con el apellido del aragonés no es original; puede verse otro similar en una carta de Cristóbal de Salazar Mardones a Andrés de Uztarroz, aunque en él se alude con los apellidos de nuestro autor a su condición de plagiaro: «hubo favor para ello, no sé si estudios y letras; pues ha adquirido, por defraudador de las agenas, el nombre de Don Josef de Pelliscar y Tomar» (cito por Reyes, 1958: 142). El propio Pellicer también había echado mano de estas agudezas nominales

Más abajo dice también¹¹⁹: «Cascales, como si fuera cónsul o dictador de la elocuencia española, dice: “En la lengua castellana no tenemos más, de los latinos, que dos diptongos, *au*, *eu*, como *auctor*, *Euterpe*”. Pues pregunto: *jaez*, *Eolo*, *Peleo*, *Eaco*, *blao*, *Joan* ¿que son, si para ser diptongo basta la unión de dos vocales?». ¡Aguda pregunta, por cierto, *digna canis pabulo!*¹²⁰. Respondo que ni *Eolo*, ni *Peleo*, ni *Eaco* son diptongos, ni habrá hombre semidocto que tal ponga en disputa, porque de su naturaleza son trisílabos. Y así, son versos constantes¹²¹ estos:

Eolo dice con aspecto blando.

Tal Eaco se ostenta en la batalla.

De Peleo la furia y arrogancia.

Claro se ve en estos versos que *Eolo*, *Eaco* y *Peleo* son trisílabos, y que no hay en ellos unión de vocales; y *blao*, disílabo es también, como dijo el otro:

en el «Preludio o apología de don Josef Pellicer por sí mismo» para censurar a Lope de Vega, basándose en las correspondencias Lope / *lupus* y Carpio / *carpere*: «Los concilios, los santos y los profanos comparan los murmuradores a los lobos, ejemplar de que me acordé cuando, en una escena ilustre, vi mi *Fénix* mordido por la boca de un lobo. Quedé muy vano, porque si Aristóteles escribe, nota Horacio y Pierio Valeriano refiere que la carne que ha mordido el lobo es la más dulce, sabroso y dulce queda el *Fénix*, por lo mordido. Y si el vulgar hispanismo dice por adagio “oscuro como boca de lobo”, claro está que, en boca del lobo mismo, mi *Fénix* había de ser oscuro. [...] La propiedad del lobo es despedazar con los dientes, y esto como lo llama el latino *carpere* [...]; miren en mi *Fénix* si cumple el lobo con su sobrenombre». Para la cuestión nominal, véase Egido (2000: 22-25).

¹¹⁹ En fol. 22r-v. La transcripción que hace Cascales de sus palabras, citadas por Pellicer, no es exacta, pues presenta variantes con respecto a las se pueden leer en *El fénix* y a las de las *Tablas poéticas*, p. 146 (Brancaforte, 1975: 97).

¹²⁰ «Un perro se merece su comida». Entiéndase que la pregunta está a la altura de Pellicer, aludido con el ofensivo apelativo de perro, que es, como hemos visto, imagen común del agrio censor (véase *supra*, nota 60). Es proverbio latino, recogido por Erasmo, *Adagia*, II, VI, 3, que dice así en su glosa: «Ferme perinde valet ac si dicas: Dignus operarius mercede sua».

¹²¹ Entiéndase ‘armoniosos’ o ‘bien contruidos’. Cf. Luis Alfonso de Carvallo, *Cisne de Apolo*, p. 184: «Está el verso constante, porque no se le quita ninguna sílaba, y si en medio del verso hay alguna dición que tenga la última larga, y te falta una sílaba para la constancia del verso, como éste: “De salud indispueta”, pondrás la dición que tiene la última larga a la postre, que allí vale por dos, y será constante, como: “Indispueta de salud”». A pesar de la definición de Carvallo, los dos últimos versos sí sufren una pérdida de sílabas por efecto de la sinalefa para obtener once sílabas métricas. Los tres endecasílabos parecen invención *ad hoc* de Cascales.

*Ponte tu sayo de blao*¹²²

Joan es diptongo castellano, como lo son *suelo*, *cielo*, *puente* y otros¹²³. Y estos no son semejantes a los diptongos latinos. Solamente lo son *au*, *eu*, como digo en mis *Tablas*, y bien; pues siendo los diptongos que usa la lengua latina *æ*, *œ*, *yi*, *au*, *eu* (como *Æneas*, *fœmina*, *harpyia*, *auctor*, *Euterpe*), de los cinco, los dos últimos solo usa el castellano, y no desotros¹²⁴. Luego yo sé lo que digo, y vuestra merced no lo que reprehende¹²⁵. ¡Cuán poco sabe del uso de los diptongos quien ignora la diferencia dél a la sinéresis o contracción!¹²⁶. El diptongo es forzoso y la contracción es común y libre¹²⁷. Entre los latinos consta por los versos siguientes:

¹²² Cascales reproduce aquí el tercer verso de las *Coplas de Mingo Revulgo*, que no logra recordar con precisión. Dice así: «¿qué es de tu sayo de blao?». *Blao* es voz antigua por 'azul' (*Autoridades*).

¹²³ Quiere decir con esto que, a pesar de la escritura, la pronunciación efectiva de este nombre era Juan.

¹²⁴ La doctrina sobre los diptongos en la época era muy variada (véase Esteve Serrano, 1982: 135). La idea de que tan solo hay dos diptongos puros, *au* y *eu*, procedentes de la lengua latina, tal como se expone en las *Tablas poéticas*, pp. 146-148 (Brancaforte, 1975: 97), está sacada de *L'arte poetica* de Minturno (García Berrio, 1988: 228). La consideración del resto de agrupaciones vocálicas es confusa en Cascales. En la *Tablas poéticas* se refiere a ellas como *contracciones*, «que es casi lo mismo que el diptongo», y que son voluntarias, de forma que dos vocales en el interior de palabra pueden constituir una única sílaba, como en el caso del diptongo, o dos, si el poeta no las fuerza. En *Cartas filológicas*, II, 4, «Sobre la ortografía castellana», parece, sin embargo, admitir la existencia de otros diptongos: «Nuestra lengua vulgar tiene muchas maneras de diptongos: en *ai*, como *baile*; *ei*, como *deleite*; *oi*, como *Zoilo*; *ie*, como *cielo*; *ue*, como *sueño*, y otros así» (p. 76). En todo caso, como señala Cascales más arriba, «estos no son semejantes a los diptongos latinos», precisamente por lo que él considera su carácter voluntario. De igual forma, y atendiendo a los ejemplos traídos a colación en la carta, parece que en ningún caso considera diptongo las uniones de *eo*, *ea*, *ao*, al contrario que Pellicer, para quien dos vocales juntas en el interior de palabra siempre forman diptongo.

¹²⁵ La reconvencción de Cascales lleva implícito un reproche al escaso conocimiento del latín por parte de Pellicer, arma arrojadiza habitual entre humanistas, como hemos visto.

¹²⁶ El texto, fol. 60v, presenta la errata «contraccion».

¹²⁷ En síntesis, para Cascales solo hay dos diptongos naturales, *au* y *eu*, que forzosamente valen por una única sílaba; en el resto de los casos el poeta puede decidir libremente (con la salvedad que expone más adelante, en la nota 4) si cada una de las vocales constituye el núcleo de una sílaba o si ambas se agrupan en una sola sílaba, en lo que él denomina *contracción* o *sinéresis* («Estas contracciones llama el griego *synéreses*», *Tablas poéticas*, p. 174; Brancaforte, 1975: 97). Esto es, el humanista creía que la mayor parte de lo que hoy consideramos diptongos castellanos eran el resultado de una contracción artificial de la que,

(Albino)¹²⁸ *ille cui ternis Capitolia celsa triumphis*
 (Virgilio) *cui pendere sua patereris in arbore poma*¹²⁹

Y vuestra merced, en su *Fénix*, dijo:

*con ceño invidioso*¹³⁰

Y más abajo:

*pleitear invidioso*¹³¹

Aquí de cuatro y allá de cinco sílabas. Y vuestra merced mismo:

potestivamente, el autor podía prescindir. El problema es la terminología empleada para describir un fenómeno que hoy entendemos de forma muy diferente. De hecho, el uso que hace Cascales del término *sinéresis* hoy solo es aplicable al caso de dos vocales abiertas agrupadas en una sola sílaba (como *real* en el ejemplo citado más abajo) y constituye una licencia métrica. En el resto de los casos, es decir, siempre que una de las vocales en contacto sea una *i* o una *u* átonas, ha de considerarse la existencia de una sola sílaba, no de dos, como cree Cascales, de manera que su articulación en dos sílabas distintas supone otra licencia métrica, la de la diéresis (razón por la que empleamos el signo que la representa en los ejemplos de la carta). Se equivocaban, por tanto, los dos, Pellicer y Cascales, en una doctrina que ya había aclarado hacía más de un siglo Nebrija en su *Gramática de la lengua castellana*: «cinco vocales tiene el castellano: *a, e, i, o, u*; de las cuales, *a, e, o*, en ninguna manera se pueden cuajar entre sí ni coger en una herida; así que no será diphthongo entre *ae, ea, ao, oa, eo, oe*, como en estas diciones: *saeta, leal, nao, loar, rodeo, poeta*. La *e, i*, puédense coger en una sílaba entre sí, y con las otras tres; así que puede ser diphthongo entre *ai, au, ei, eu, ia, ie, io, io, oi, ua, ue, ui*» (p. 46).

¹²⁸ «Albinovano» en el original y en la ed. de 1779, p. 163. El verso citado a continuación pertenece en realidad a Albino, *Res Romanae*, I, según lo refiere Prisciano, *Institutiones grammaticae*, VII, 22: «*cui* quoque inveniuntur quidam bisyllabe protulisse per diaeresin ut Albinus Rerum Romanarum, I: *ille cui ternis Capitolia celsa triumphis / sponte deum patuere, cui freta nulla repostos / abscondere sinus, non tutae moenibus urbes*». Cito por la ed. de E. Courtney (1993: 425). La confusión entre el historiador Albino (Bardon, 1956: 230-231) y Albinovano Pedo, poeta épico de la época de Augusto (Bardon, 1956: 69-73), se explica por el carácter fragmentario de la obra de ambos. El primero es citado, como hemos visto, por Prisciano, mientras que del segundo solo quedan unos hexámetros recogidos por Séneca el Viejo. Scaligero, posible fuente de Cascales, atribuye a Albinovano el texto reproducido en esta página en una nota a Virgilio, *Catalepton*, XII, 1 (Virgilio, 1839: 1424).

¹²⁹ Virgilio, *Bucólica*, I, 37. La forma pronominal *cui* en el verso de Albino, como consta en el pasaje de Prisciano de la cita anterior, es bisílaba, con la primera sílaba corta y la segunda larga (*cūi*); por el contrario, el mismo pronombre en el verso virgiliano vale por una sola sílaba (*cūi*).

¹³⁰ Verso 201. Téngase en cuenta que la numeración del original está plagada de errores a partir del v. 40.

¹³¹ Verso 233.

*a lo real de los cántabros Haros*¹³²

Y después:

*en su sepulcro al*¹³³ *real cadáver de oro*¹³⁴

Real, en el primer verso es de dos sílabas, y en el segundo de una¹³⁵. Y vuestra merced mismo:

*el noble timiama, el suave amomo*¹³⁶

Y más abajo:

*En esta, pues, süave*¹³⁷

Arriba *suave* es disílabo, acá trisílabo. Luego síguese que no es lo mismo el diptongo que la sinéresis¹³⁸, como vuestra merced piensa crasamente¹³⁹. El modito, pues, de hablar es gracioso: «Cascales, como si fuera cónsul o dictador de la elocuencia española, dice: “En la lengua castellana no tenemos más, de los latinos diptongos, que *au*, *eu*, como *auctor*, *Euterpe*». Pues pregunto: ¿cosa tan magistral y majestuosa es decir eso para notarme de soberbio por ello? ¡Pues la frasis¹⁴⁰ con que me lo dice es erudita! ¡Cónsul de la elocuencia! Padre de la elocuencia, príncipe, maestro, luz, gloria, se suele decir, pero cónsul de la elocuencia, ni nadie lo ha dicho, ni nadie lo dirá, si no es diciendo un gran disparate.

Ea, señor don Josef, tenga modestia y no hable con desprecio de tantos, que en tan poca edad es mucha licencia. «Parcius ista viris tamen objicienda memento»¹⁴¹. Y si es tan temerario, no se queje ni se espante que tenga enemigos. Honre su nación y trate con respeto las ajenas, si quiere obviar enfa-

¹³² Verso 11.

¹³³ La ed. de 1779, p. 163, dice «el».

¹³⁴ Verso 254.

¹³⁵ Mediante la aplicación de una sinéresis, como es lógico.

¹³⁶ Verso 327.

¹³⁷ Verso 358.

¹³⁸ En realidad, como venimos advirtiendo, viene a decir que no son lo mismo los auténticos diptongos (*au*, *eu*), que no son susceptibles de convertirse artificialmente en hiato, que el resto de las agrupaciones vocálicas, en las que el autor es libre de considerar la existencia de diptongo o de hiato.

¹³⁹ ‘muy torpemente’ (*Autoridades*).

¹⁴⁰ Es latinismo por ‘frase’ o ‘locución’.

¹⁴¹ Virgilio, *Bucolica*, III, 7: «Puyas como esas, no obstante, no deben lanzarse a la gente» (trad. de V. Cristóbal).

dos y ser honrado de todos. Oiga a Ludovico Carrión, insigne catedrático de Lovaina, en la carta que escribe a Claudio Puteano: «Ego me ita in his libris comparavi, ut veteres scriptores defenderim, neque tamen novos prudens sciens læserim»¹⁴². Y acuérdesese de Horacio, sátira IV, libro 1:

*absentem qui rodit amicum,
qui non defendit alio culpante, solutos
qui captat risus hominum famamque dicacis,
fingere qui non visa potest, commissa tacere
qui nequit, hic niger est, hunc tu, Romane, caveto*¹⁴³.

Ya presumo de dónde se ha originado la pasión con que vuestra merced ha hablado de mí, aunque sin razón. Habiendo alabado yo su *Fénix* cuando salió sin ejercitaciones, si bien las prometió¹⁴⁴, dije que me pesaba se hubiese

¹⁴² Cascales se refiere a la dedicatoria de Ludovicus Carrio, humanista flamenco y comentarista, entre otros autores clásicos, de Salustio, Tertuliano o Aulo Gelio, en su *Emedationum et observationum liber primus ad V. Cl. Claudium Puteanum* (París, apud Aegidium Beysium, 1583). El sentido del texto, que cita variando el orden de alguna palabra, es el siguiente: «Así yo he me propuesto en estos libros defender a los autores antiguos y, sin embargo, no ofender, prudente y hábil, a los modernos».

¹⁴³ Es el pasaje de Horacio, *Satirae*, I, iv, 81-85: «quien despelleja al amigo ausente, quien no le defiende del ataque de otro, quien busca las risas desmedidas de la gente y fama de ocurrente, quien se inventa lo que no ha visto, quien no sabe guardar un secreto, es un truhan. Cuídate, romano» (trad. de H. Silvestre).

¹⁴⁴ La existencia de una edición anterior de solo el poema *El fénix*, con el anuncio en los preliminares de una próxima publicación con comentario, ha sido controvertida, al no conservarse ejemplares de ella. Estas palabras de Cascales corroboran las del propio Pellicer en el «Preludio o apología», cuando dice: «La primavera pasada publiqué el poema del *Fénix* solo, que había casi un año estado detenido en la prensa, acaso temeroso de salir donde le desplumase la indignación y le maltratase la indignación». El propio Pellicer confirmó la publicación en su *Biblioteca formada de los libros y obras públicas de don Josef Pellicer de Ossau y Tovar*, Valencia, Gerónimo Vilagrassa, 1671, fol. 14v: «Año 1628. El poema español del ave fénix». Teniendo en cuenta que la fe de erratas y la tasa de *El fénix y su historia natural* llevan, respectivamente, las fechas de 17 y 22 de noviembre de 1629, parece que «la pasada primavera» haya de ser la de este mismo año. El hallazgo por parte de Bouza (2014), en los expedientes de imprenta del Consejo de Castilla, de unas licencias de *El fénix* fechadas en febrero de 1628 y diferentes de las de 1630, así como la existencia de una dedicatoria a don Luis Méndez de Haro, con fecha del 4 de abril de 1629, también distinta de la incorporada a *El fénix y su historia natural* (véase Oliver, 1995: 88-89), parece abonar las palabras de Pellicer y confirmar que el poema exento, autorizado desde hacía casi un año, vio la luz en realidad en la primavera de 1629 (véase Tobar Quintana, 2015: 266-269). En *El fénix*, tal como deja caer Cascales, se prometía la reaparición del poema junto con su comentario,

compuesto en versos líricos, que desdecía de la acción que celebra¹⁴⁵. Y probé mi intención diciendo que en el arte poética hay cuatro especies de poesía entre sí distintas: trágica, cómica, lírica y épica¹⁴⁶; y que el *Fénix* ni pertenecía¹⁴⁷ a la comedia, ni a la poesía lírica¹⁴⁸. A la comedia ni a la tragedia, no, porque son

en el que Pellicer ya estaba trabajando, a tenor de lo que se puede leer en la dedicatoria manuscrita del 4 de abril de 1629: «Un año ha, Señor, que escribí estos borrornos del *Fénix* y sus ejercitaciones [...]. Y tanto ha también que, consagradas al nombre de V.S., las comencé a dar a la prensa. Embarazos, bien que de enfado de fuerza, me obligaron a desatender la estampa [...]. Agora que me hallo con algún desahogo [...] vuelvo a repetir la imprenta [...]. He determinado publicar el *Fénix* presto, escrito a imitación de Claudiano [...]. Pareciores a muchos de mis parciales que publicase este trozo sólo, aunque después vuelva a salir con las ejercitaciones acompañado» (cito por Oliver, 1995: 98). Iglesias Feijoo (2001), sin embargo, no cree que tal edición exenta del poema llegara existir: Pellicer trabajó desde el principio en la publicación de los versos y de los comentarios anexos y se limitó a difundir en la primavera de 1629 algunos pliegos ya impresos de los primeros (y también parte de los segundos). Cuestión aparte son los problemáticos preliminares de *El fénix y su historia natural*, y las presumiblemente falsas licencias: para todo ello, véase Tobar Quintana (2015: 258-266).

¹⁴⁵ Podemos imaginar que Cascales hiciera llegar a Pellicer sus opiniones sobre el poema de *El fénix* a través de una carta privada, según práctica habitual entre humanistas. En esta carta, según declara él mismo, alabó el poema pero también se tomó la libertad de exponer algunas consideraciones críticas, hemos de creer que con la mejor de las intenciones. La probable falta de respuesta por parte del aragonés a esta misiva, además de la despectiva mención al murciano en la *Historia natural*, habrían motivado la redacción de esta epístola, que en gran medida parece una versión ampliada de la previa carta privada, con la réplica a las censuras de Pellicer sobre la ortografía y los diptongos y los dicerios contra el joven escritor. Es muy posible también que esta carta fuera concebida directamente para la imprenta, a manera de respuesta pública a las críticas públicas de Pellicer. En todo caso, obedece, por su contenido y técnica constructiva, al género de la carta erudita, de tanto predicamento en el Humanismo (Álvarez Barrientos, 2006: 25).

¹⁴⁶ Doctrina expuesta por Cascales en sus *Tablas poéticas*, en particular en la segunda parte, dedicada a la poesía *in specie*, que está dividida en cinco tablas, dos de ellas consagradas a la épica: «De la epopeia» y «De las épicas menores».

¹⁴⁷ El texto, fol. 61v, presenta la errata «perrenecia».

¹⁴⁸ Es curioso que las críticas de Cascales a *El fénix* se centren en aspectos relativos al género y no en la cuestión candente de la oscuridad elocutiva, a la que el humanista había dedicado otras *Cartas filológicas* (I, 8 «Al licenciado Luis Tribaldo [*sic*] de Toledo»; y I, 9 «A don Francisco del Villar [...] contra su apología») con la obra de Góngora como pretexto. Quizás se deba a la escasa consideración que Pellicer le merece como poeta, equiparable a la de Gracián en *El Criticón* (I, 4, p. 335): «Pidió uno las [plumas] de la fenis para escribir della y encargósele seriamente no las gastase sino en las de la fama». No obstante, recuérdese que el género de las *Soledades* gongorinas y su posible adscripción a la épica, por lo que tocaba tanto a la *res* como a los *verba*, también generaron encendidos debates (cf. Blanco, 2012: 71-100).

dramáticas, y el *Fénix* no lo es; ni a la lírica, porque tiene por fábula un pensamiento solo, como se ve en todos los poetas griegos (Píndaro y Anacreonte, y otros), y en todos los latinos (como Horacio y Catulo, y otros), y en todos los toscanos (como Petrarca, Ludovico Dolce y otros). Luego queda, por lo dicho, que el *Fénix* toca a la épica. Ello es así, y hase de entender a los poemas menores reducidos a la épica mayor¹⁴⁹. Épica mayor es la *Eneida*, la *Ulisea*, la *Iliada* y otras¹⁵⁰. Los poemas menores de la épica son égloga, elegía, epístola, sátira y cantos de alguna acción pequeña¹⁵¹, como los *Triunfos* de Petrarca, los poemas de Dante Alígero, el *Amor enamorado* de Minturno¹⁵² y este *Fénix*, que tiene la varia descripción de la *Arabia Felix*¹⁵³, el nacimiento y muerte suya, y el viaje de su entierro y vuelta a su patria¹⁵⁴, acción bastante para un poema épico de

¹⁴⁹ Entiéndase poemas breves que se ajustan a las mismas reglas que rigen la composición de los grandes poemas épicos. Así dice al final de la tabla dedicada a la épica menor (*Tablas poéticas*, p. 314; Brancaforte, 1975: 184): «quien supiere la mayor, sabrá también la menor, pues limita debajo los mismos documentos y leyes».

¹⁵⁰ El texto, fol. 61v, presenta la errata «orras».

¹⁵¹ La tabla «De las épicas menores» contiene apartados consagrados a la égloga, la elegía y la sátira, pero nada se dice sobre la epístola, ni siquiera en la parte final, donde refiere otras formas épicas «mínimas, como son el epigrama, nenias, epicedios, trenos, himnos de Orfeo» (*Tablas poéticas*, p. 313; Brancaforte, 1975: 184). La inclusión de égloga, elegía y sátira, géneros que hoy consideramos líricos, dentro de la épica obedece a un criterio expuesto al final de la tabla anterior: «toda poesía que para su perfección no se requiere canto ni baile» (p. 295; Brancaforte, 1975: 172). Antes, en la tabla «De la epopeya», había dicho lo mismo: «La epopeya, pues, es el poema heroico, éclogas, sátiras, elegías y cualquier poesía donde para su ser perfecto no se requiere baile ni canto» (pp. 216-217; Brancaforte, 1975: 131). De «curiosa y arbitraria» califica García Berrio (1988: 325-326) esta clasificación, que, no obstante, está inspirada en *L'arte poetica* de Minturno: «percioché di questo nome [épica] è ciascuna poesia che all'esser suo perfetto nè canto nè ballo richiede» (p. 3).

¹⁵² Ejemplos todos ya citados en las *Tablas poéticas* como muestras de épica (pp. 217-218; Brancaforte, 1975: 131-132), aunque la fuente es de nuevo Minturno: «Del medesimo nome [épica] chiamar possiamo le terze rime, quali esser veggiamo quelle di Dante, nelle quali egli trattò divinamente dello Inferno, del Purgatorio e del Paradiso, e i *Triumph* di Petrarca; [...]. Troverete ancora poesia mista dell'una e dell'altra epica maniera, cioè, di prosa e di versi, qual è l'*Arcadia* del nostro Sannazaro, e l'*Ameto* del Boccaccio, e il mio *Amore innamorato*» (*L'arte poetica*, pp. 3-4).

¹⁵³ Nombre con que era conocida en la Antigüedad la península arábiga, de donde se consideraba originaria el ave fénix.

¹⁵⁴ Cascales divide en tres partes el poema de *El fénix* obviando la larga dedicatoria a don Luis Méndez de Haro, que ocupa los versos 1-97: descripción de Arabia, vv. 98-357; semblanza del ave fénix y de su muerte, vv. 358-893; y traslado de sus cenizas al templo de Heliópolis por la nueva ave fénix, con una alabanza del pájaro mítico, vv. 893-1131.

los menores, que se celebran en un canto. Siendo, pues, esta acción tan propia de la épica¹⁵⁵, haberla escrito en versos líricos¹⁵⁶ gran desacuerdo ha sido¹⁵⁷. Que la canción sea para un concepto solo, fuera de que lo dice Torquato Tasso en su *Discursos poéticos*¹⁵⁸, ello es tan cierto que no tiene réplica, sino de quien vive tan a oscuras en la poética como muchos gitanos de Apolo¹⁵⁹, que gustan más de andar libres que vivir sujetos a la observancia honrosa de la ley.

¹⁵⁵ La estructura que acabamos de describir se ajustaba perfectamente a la idea sobre la fábula épica que tiene Cascales, compuesta de exordio y narración, integrada, a su vez, por episodios: «Las partes de la cantidad que hacen el cuerpo deste poema [...] son dos: principio y narración. Principio se llama aquel que previene y apresta a oír las cosas que se han de tratar. Esto se cumple si el poeta en su proposición hace los oyentes benévolos, dóciles y atentos. [...] Es [la narración] una exposición de cosas pasadas o que fingimos haber pasado. Divídese en dos partes: la una contiene el argumento y acción principal; la otra, los episodios y digresiones fuera de la fábula, mas no tan fuera, que parezca cosa ajena, interponiéndose por ampliar, engrandecer y deleitar» (*Tablas poéticas*, pp. 226-227 y 238; Brancaforte, 1975: 137 y 143).

¹⁵⁶ El texto, fol. 61v, presenta la errata «Lyrieos».

¹⁵⁷ *El fénix* es, desde el punto de vista de la métrica, una silva. Cascales, con esta afirmación, parece asimilar la silva a la canción, a cuya configuración formal dedica abundante espacio en la tabla «De la poesía lírica», a pesar de que, como aquí expone, la canción «consta de estancias» (*Tablas poéticas*, pp. 415-416; Brancaforte, 1975: 238), compuestas, eso sí, aunque no lo mencione, por versos endecasílabos y heptasílabos. El metro adecuado para la épica, de acuerdo con una larga tradición teórica, es la octava real: «La octava rima es una composición ilustre y grave, propia y apta para la poesía épica» (*Tablas poéticas*, p. 187; Brancaforte, 1975: 117).

¹⁵⁸ El hecho de que *El fénix* contenga varios asuntos o «conceptos», lo que lo convierte en poema épico, obstaculiza también el uso de la canción como molde formal. Cascales escribe aquí de memoria y se confunde, pues esta idea, que había recogido en sus *Tablas poéticas*, p. 414 («PIERIO. ¿Y qué es canción? CASTALIO. Una composición magnífica y espléndida, dividida en partes a solo un pensamiento enderezada [...]. Así, pues, también la canción no ha de abrazar más que un pensamiento, y ese le ha de vestir gallardamente el lírico»; Brancaforte, 1975: 237) procede en realidad de Minturno, *L'arte poetica*, p. 186. Resulta comprensible el descuido pues los *Discorsi dell'arte poetica e in particolare del poema eroico* de Torquato Tasso (Venecia, Giulio Vassalini, 1587) son fuente importante de la tabla quinta, «De la poesía lírica», en particular en lo referente a la relación entre los diferentes conceptos tratados en la lírica y en la épica, y a las consecuencias que estos tienen en el estilo de ambos géneros. Véase la anotación de Brancaforte (1975: 232-236). Tasso, Minturno y Robortello son las fuentes fundamentales del murciano, con frecuencia plagiadas literalmente (García Berrio, 1988: 17).

¹⁵⁹ Imagen con la que se refiere a los escritores que rechazan las reglas, aludiendo al estereotipo que pesa sobre los gitanos; véase Covarrubias, *Tesoro*, s. v.: «Esta es una gente perdida y vagamunda».

Noté también algunas cosas dignas de enmienda¹⁶⁰, diciendo que, pues el *Fénix* había de salir segunda vez, se podían con facilidad expurgar, si le parecía; y no solamente no lo hizo, pero se indignó contra mí. Las notas eran:

Primera

*Árbol de bronce, el cedro incorruptible
yace allí, que porfia, etc.* Y más abajo:
*Yace junto a Pancaya, tan cercana,
la gran ciudad del sol, etc.*¹⁶¹

El árbol y la ciudad no se dice que yacen, si no es que están derribados. «*Stant iuniperi, stat silva*», dijo Virgilio¹⁶²; y «Troiaque nunc staret, Priamique arx alta maneres»¹⁶³. Marcial:

*Ædibus in mediis totos amplexa penates
stat platanus densis Cæsariana comis*¹⁶⁴

Con sentido contrario dijo Ovidio de Troya «derribada», no «estante»¹⁶⁵:

*Troia iacet certe Danais invisa puellis*¹⁶⁶

Y Cicerón:

*Maximas virtutes iacere necesse est voluptate dominante*¹⁶⁷

Cuando se habla de valle y lugares bajos se usa también deste verbo:

¹⁶⁰ La ed. de 1779, p. 166, dice «emienda».

¹⁶¹ Son los vv. 332-333 y 894-895.

¹⁶² En *Bucolica*, VII, 53, se lee: «*Stant et iuniperi et castanae hirsutae*» («Yérguense enebros y se alzan también los hirsutos castaños», trad. de V. Cristóbal). No hay coincidencias de «*stat silva*» en la obra de Virgilio.

¹⁶³ El verso corresponde a *Aeneis*, II, 55: «y Troya ahora estaría de pie, y tú, alto alcázar de Príamo, perdurarías» (trad. de L. Rivero García *et al.*). El texto de Cascales presenta la forma «*stares*» en las eds. de 1634 y 1779.

¹⁶⁴ Marcial, IX, 61, 5-6: «En medio de la morada, abrazando toda la casa, / se alza un plátano de César de frondosa cabellera» (trad. de E. Montero Cartelle).

¹⁶⁵ La ed. de 1779, p. 167, dice por error «obstante».

¹⁶⁶ Horacio, *Heroides*, I, 3: «Troya yace abatida, odiada en verdad por las mujeres de los dánaos» (trad. de V. Cristóbal).

¹⁶⁷ *De finibus bonorum et malorum*, II, 117: «*Maximas vero virtutes iacere omnis necesse est voluptate dominante*» («De hecho, si el placer lo controla todo, necesariamente todas las mayores virtudes son derribadas»).

(Virgilio) *Terrasque iacentes*¹⁶⁸
 (Lucano) *Si non per plana iacentis Ægypti, etc.*¹⁶⁹

Nota 2

*No lascivos de Venus los ardores,
 y aun del amor la conyugal torpeza*¹⁷⁰

La cópula conyugal no es torpe, ni se debe decir tal del santo matrimonio. Y si alguna evasión¹⁷¹ tiene este lugar, que lo dudo, allá lo mire vuestra merced, que yo le he comunicado con teólogos muy doctos y no le hallan explicación, ni ropa que le venga¹⁷²; antes con la distinción que vuestra merced hace de amor lascivo a amor honesto, cual es el del matrimonio, es inexcusable el término «conyugal torpeza». Y así, debe vuestra merced confesar el error y decir «el conyugal deleite», con que queda sana la llaga.

Nota 3

*al exprimir estrellas la mañana*¹⁷³

Esta me parece, no metáfora atrevida, sino catacrexis viciosa, porque la catacrexis es permitida donde falta palabra para la cosa¹⁷⁴, como aquella de Virgilio:

¹⁶⁸ En *Aeneis*, I, 224: «las tierras tendidas a sus pies» (trad. de L. Rivero García *et al.*).

¹⁶⁹ *Pharsalia*, II, 416-417: «Non minor hic Nilo si non per plana / iacentis Ægypti Libycis Nilus stagnaret harenis» («No sería inferior al Nilo si este no se extendiera sobre las arenas líbicas del Egipto de inmensas llanuras»).

¹⁷⁰ Se trata de los vv. 475-476. El segundo presenta una variante con respecto al impreso de 1630: «ni aun del amor la conyugal torpeza».

¹⁷¹ Entiéndase 'justificación'.

¹⁷² Entiéndase 'argumentos que lo sostengan'.

¹⁷³ Es el v. 490.

¹⁷⁴ La catacrexis es una metáfora especialmente forzada o hiperbólica, solo admisible cuando la realidad que se designa mediante un término con sentido traslaticio carece de vocablo propio para denominarla. Así la define Fernando de Herrera (2001: 294-295): «La catacrexis, o abusión, o –si esto agrada más– la usurpación, se diferencia de la metáfora en esta manera: que la abusión es donde falta de todo punto el nombre, y la metáfora donde uvo otro, porque es catacrexis cuando usurpamos i nos servimos con abuso de las voces ajenas por la semejança, como si fuessem propias, cuando éstas faltan»; y así Jiménez Patón en su *Elocuencia española en arte* (1993: 311-312): «Hasta ahora casi todos han hecho tropo distinto de la metáfora a la catacrexis, no debiendo hacerlo, porque llanamente es metáfora (como consta del mismo Cicerón en el libro tercero de su Orador, donde dice que si la metáfora fuere dura se dirá catacrexis). [...] Es en cierta manera la catacrexis metáfora de

*instar montis equum divina Palladis arte
aedificant*¹⁷⁵

A Ennio no le quisieron disimular los críticos aquella catacresis:

*Iuppiter hibernas cana nive conspuit Alpes*¹⁷⁶

Pareciéndoles cosa dura decir «escupir nieve», ¿cómo pasaran esta: «exprimir estrellas»?

Nota 4

*como amanece en la natal hoguera,
en genetliaco grave*¹⁷⁷

Este¹⁷⁸ verso abunda¹⁷⁹ de una sílaba, porque *genetliaco* es de cinco sílabas, y no se puede hacer contracción en él¹⁸⁰, como tampoco se hace en *egipciaco*, ni en *armoniacó*¹⁸¹, ni en *Mogunciaco*¹⁸², ni en otros semejantes.

necesidad». Nótese cómo de nuevo Cascales deja de lado la cuestión de la oscuridad elocutiva, tan ligada al uso de la metáfora.

¹⁷⁵ Pasaje correspondiente a *Aeneis*, II, 15-16: «con el arte divina de Palas un caballo del porte de un monte levantan» (trad. de L. Rivero García *et al.*). La catacresis consiste en emplear el término «caballo» para referirse al artefacto diseñado por los griegos para facilitar su entrada en Troya. Curiosamente es el ejemplo empleado por Jiménez Patón (1993: 311) para ilustrar la catacresis: «Tal es la de Virgilio, que llama caballo (en el segundo de los Eneidos) a aquella máquina que hicieron los griegos para destruir a Troya»; y por el propio Cascales en las *Tablas poéticas*, p. 165 (Brancaforte, 1975: 107).

¹⁷⁶ «Júpiter escupió a los Alpes invernales con cana nieve». Este verso aparece censurado en Quintiliano, *Institutio oratoria*, VIII, 6, 17, por la dureza de su imagen: «sunt et durae, id est a longinqua similitudine ductae, ut “capitis nives” et “Iuppiter hibernas cana nive conspuit Alpes”». También mereció la burla de Horacio, *Satirae*, II, v. 41: «Furius hibernas cana nive conspuit Alpís». Aunque Cascales lo atribuya a Ennio, el verso pertenece al poeta M. Furio Bibáculo (Hollis, 2007: 121). Para la presencia de Quintiliano en las *Cartas filológicas*, aunque sin referencia a este pasaje, véase Fernández López y Lozano Rivera (2007). El mismo pasaje sirvió a Cascales para censurar el v. 8 del *Polifemo* en la carta a Luis Tribaldos de Toledo (*Cartas filológicas*, I, 8, p. 161).

¹⁷⁷ Son los vv. 871-872.

¹⁷⁸ El texto, en el fol. 62v, presenta por error una letra parasitaria al comienzo de la frase, tachada en el ejemplar que manejo: «E este».

¹⁷⁹ ‘se excede’.

¹⁸⁰ O sinéresis, como se ha dicho más arriba. No encuentro justificación teórica a esta salvedad a la propia idea que Cascales tiene del diptongo castellano (véase *supra*, nota 124).

¹⁸¹ Es forma vulgar del licor medicinal denominado amoniaco (*Autoridades*).

¹⁸² Es el nombre latino de la ciudad de Maguncia (*Moguntiacum*).

Nota 5

*La cuarta el cargo tiene
de conducir en brutos la süave
mies¹⁸³ de sabeas gomas,
camellos agobiados con aromas¹⁸⁴*

Aquí la figura, aposición, está al redopelo¹⁸⁵, porque dice «en brutos, camellos agobiados» y ha de¹⁸⁶ decir «en camellos, brutos agobiados», como dijo Virgilio: «Scipiones, dos rayos de la guerra»¹⁸⁷; y Plinio dijo «Cicerón, padre de la patria»¹⁸⁸; donde se ve que sobre lo específico ha de cargar lo general o común, y vuestra merced lo erró poniéndolo al contrario, pues dijo «brutos, camellos agobiados», habiendo de decir «camellos, brutos agobiados».

Nota 6

*por ti, devotamente
teñida en nácar una y otra frente
del volumen bruñido, etc. Hasta
y las rubias hebillas
alcaldes fueren de las blancas hojas¹⁸⁹*

Veo que toca vuestra merced aquí el uso de un librito que antiguamente llamaron *volumen*¹⁹⁰, el cual se hacía una hoja sobre otra siempre hasta el fin, y el fin era un *umbilico* o ejecillo (digámosle así) atravesado por la última hoja,

¹⁸³ El texto, en el fol. 62v, presenta la errata «Mios», corregida a mano en el margen y en la ed. de 1779, p. 168.

¹⁸⁴ Son los vv. 159-162. El segundo presenta una variante con respecto al impreso de 1630: «de conducir en bruto la suave».

¹⁸⁵ O al redopelo (*Autoridades*), esto es, en contra del modo natural.

¹⁸⁶ Falta esta preposición en el texto, fol. 62v. Se corrige a mano en el margen y en la ed. de 1779, p. 168.

¹⁸⁷ En *Aeneis*, VI, 842-843: «duo fulmina belli, / Scipiadas».

¹⁸⁸ Plinio el Viejo, VII, 117: «Salve primus omnium parens patriae apellate» («Salve, el primero de todos en ser llamado “padre de la patria”», trad. de E. del Barrio Sanz *et al.*).

¹⁸⁹ Son los vv. 1114-1116 y 1123-1124.

¹⁹⁰ El volumen es la forma del libro propia de la Antigüedad, consistente en una sucesión de hojas pegadas, una a continuación de otra, y fijada en su extremo final a un cilíndrico de madera, en torno al cual se enrollaba las hojas para su conservación, quedando a la vista los dos extremos de este cilindro o *frontes*, en ocasiones ricamente adornados. La lectura suponía ir desenrollando lentamente las hojas, hasta llegar al eje o *umbilicus*, que marcaba, como explica Cascales, que se había llegado al final del libro.

con dos cuernecillos, si era¹⁹¹ de marfil, de oro o de plata, llamados también *frentes*, que es lo que vuestra merced toca:

teñida en nácar una y otra frente

Y cuando llegaban al *umbilico*, acababan de leer el librito, a que aludió Marcial:

*Iam pervenimus usque ad umbilicum*¹⁹²

Esto corre así¹⁹³. Pero decir vuestra merced que las «rubias hebillas» eran «alcaldes de las blancas hojas» es decir que aquel librito se cerraba con manezuelas¹⁹⁴ como agora pasa, y en el *volumen* no había tal cerradura¹⁹⁵. Esto se ve largamente explicado por Pierio Valeriano, fol. 248, de sus *Hieroglyphicos*¹⁹⁶. Demás que falsamente dice vuestra merced aquí que las «rubias hebillas» eran «alcaldes de las blancas hojas», porque este *volumen* era carta¹⁹⁷, y carta cerrada en la manera dicha; y así las hojas no eran blancas, pues iban escritas.

No trato de las demás notas que hice. Si esto, nacido de un pecho cándido, movió a vuestra merced a enojo, mi buen celo queda descubierto y su pasión

¹⁹¹ 'ya fuera'.

¹⁹² Marcial, IV, 89, 2: «iam pervenimus usque ad umbilicos» («ya hemos llegado al final», trad. de E. Montero Cartelle).

¹⁹³ Entiéndase que es sabido o comúnmente admitido (*Autoridades*).

¹⁹⁴ Se refiere a las manecillas (*Autoridades*), esto es, los broches o abrazaderas metálicas unidas a las cubiertas que servían para cerrar el libro.

¹⁹⁵ En el apóstrofe al ave fénix que cierra el poema, Pellicer manifiesta su deseo de que esta obra consagrada al pájaro imperecedero redunde en la fama inmortal de su autor. Ya que el aragonés quería ser émulo con sus versos del «Phoenix» de Claudiano, como hemos visto en la dedicatoria manuscrita (*supra*, nota 144), gusta de imaginarse su escrito como un libro antiguo, esto es, como un *volumen*. Cascales censura que la descripción, sin embargo, mezcle características propias del volumen, perfectamente indicadas, con rasgos materiales propios del libro moderno. Por otro lado, cabe señalar que, con la referencia al libro, Pellicer alude seguramente no al poema, sino al conjunto de la obra, poema y comentarios, confirmando su concepción unitaria, con independencia de que la silva pudiera haber circulado en impresión exenta.

¹⁹⁶ No tan largamente. El pasaje aludido de Giovanni Pierio Valeriano, *Hieroglyphica*, XXXIV, en la sección «De umbilico», fol. 248, es el siguiente, tras la reproducción del mismo verso de Marcial citado por Cascales: «Sed eo loco intelligendus est voluminis terminus, qui cum volumen explicatur in fine omnino est, cum vero idem obvolvitur in spiram collectum, medium tenet locum» («Pero en este lugar se debe entender el final del volumen, el cual, cuando el volumen se despliega, está completamente al final, pero cuando se recoge enrollado, tiene entonces el lugar del medio»).

¹⁹⁷ Esto es, hoja escrita (Covarrubias, *Tesoro*).

condenada¹⁹⁸. Y si todavía persevera en su humor, «totam trado tibi simul Vacunam»¹⁹⁹. Vale.

De Murcia, etc.²⁰⁰

BIBLIOGRAFÍA

- ALCIATO, Andrea (2003), *Los emblemas de Alciato traducidos en rimas españolas (Lion, 1549)*, traducción de Bernardino Daza, ed. Rafael Zafra, Barcelona, José J. de Olañeta, Editor / Editions UIB, 2003.
- ALONSO, Dámaso (1955a), «Todos contra Pellicer», en *Obras completas, V. Estudios y ensayos gongorinos*, Madrid, Gredos, pp. 454-479.
- «¿Cómo contestó Pellicer a la befa de Lope?», en *Obras completas, V. Estudios y ensayos gongorinos*, Madrid, Gredos, pp. 454-479.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (2006), «Historia de la república de las letras», en *Los hombres de letras en la España del siglo XVIII. Apóstoles y arribistas*, Madrid, Castalia.
- AUSONIO, Décimo Magno (1990), *Obras*, traducción y notas de Antonio Alvar Esquerra, Madrid, Gredos, vol. II.
- (1991), *The Works of Ausonius*, ed. R. P. H. Green, Oxford, Clarendon Press.
- BARDON, H. (1956), *La littérature latine inconnue*, París, Librairie C. Klincksieck, vol. 2.
- BLANCO, Mercedes (2012), *Góngora heroico. Las «Soledades» y la tradición épica*, Madrid, Centro de Estudios Hispánicos.
- BRANCAFORTE, Benito, ed. (1975), *Tablas poéticas de Francisco Cascales*, Madrid, Espasa-Calpe S.A. (Clásicos castellanos).
- BOUZA, Fernando (2014), «Una aprobación inédita de Quevedo a *El fénix* de Pellicer y otros cinco expedientes de imprenta del Consejo de Castilla (1628-1658)», *La Perinola*, 18, pp. 63-79.

¹⁹⁸ En última instancia, Pellicer merece una condena por no haber sabido poner coto a su «pasión», la soberbia, manifestada en su escasa tolerancia a la crítica. Cf. Vives, *De la vida y costumbres del erudito*, II, 3: «¡Cuánta vergüenza debe causar a los hombres doctos que personas ignorantes a menudo posean un mayor dominio de sus pasiones que ellos que se hallan atiborrados de preceptos de sabiduría!».

¹⁹⁹ El texto corresponde a Ausonio, *Epistulae*, 12, 101: «te doy a Vacuna entera» (trad. de A. Alvar Esquerra). Como indica el mismo traductor en nota, p. 239, Vacuna era una divinidad sabina identificada con Diana, Minerva o la Victoria. El sentido en la carta de Ausonio a Teón es claro: si el destinatario es capaz de adivinar los enigmas que le propone, el poeta le dejará descansar. Cascales concluye indicando su deseo de no polemizar más con Pellicer, con una punta de desprecio. Ramos Maldonado (1996) no recoge esta cita en su trabajo sobre la presencia de Ausonio en Cascales.

²⁰⁰ Se omite la fecha, que, según García Soriano en su ed., p. 107, debió ser 1630 o 1631.

-
- CANDELAS COLODRÓN, Manuel Ángel (2003), «La “erudición engañosa” de González de Salas en los preliminares de la poesía de Quevedo», *La Perinola*, 7, pp. 149-189.
- CASCALES, FRANCISCO (1617), *Tablas poéticas*, Murcia, Luis Berós.
- (1634), *Cartas filológicas. Es, a saber, de letras humanas, varia erudición, explicaciones de lugares, lecciones curiosas, documentos poéticos, observaciones, ritos y costumbres, y muchas sentencias exquisitas*, Madrid, Luis Berós.
- (1779), *Cartas filológicas. Es, a saber, de letras humanas, varia erudición, explicaciones de lugares, lecciones curiosas, documentos poéticos, observaciones, ritos y costumbres, y muchas sentencias exquisitas*, Madrid, Antonio de Sancha.
- (1952-1954), *Cartas filológicas*, ed. Justo García Soriano, Madrid, Espasa-Calpe S.A. (Clásicos castellanos, 103, 117 y 118), 3 vols.
- CARVALLO, Alfonso de (1997), *Cisne de Apolo*, ed. Alberto Porqueras Mayo, Kassel, Edition Reichenberger.
- CÉSPEDES, Valentín de (1998), *Trece por docena*, eds. Francis Cerdan y José Enrique Laplana Gil, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail.
- CICERÓN, Marco Tulio (1998), *De finibus bonorum et malorum libri quinque*, ed. L. D. Reynolds, Oxford, E Typographeo Clarendoniano.
- COMELLAS AGUIRREZÁBAL, Mercedes (1995), *El humanista. En torno al «Discurso de las letras humanas» de Baltasar de Céspedes*, Utrera-Sevilla, Universidad de Sevilla.
- CONDE PARRADO, Pedro (2012), «Anatomía de la *Expostulatio Spongiae* en defensa de Lope de Vega», *Castilla. Estudios de Literatura*, 3, pp. 37-93.
- CORRADO, Quinto Mario (1569), *De lingua latina ad Marcellum Corradum fratrem libri XII*, Venecia, Andrea Valvassori.
- CORREAS, Gonzalo (1967), *Vocabulario de refranes y frases proverbiales (1627)*, ed. Louis Combet, Burdeos, Institut d'Études Ibériques.
- COTARELO Y MORI, Emilio, ed. (1908), *Migajas del ingenio. Colección rarísima de entremeses, bailes y loas*, Madrid, Imprenta de la Revista de Archivos.
- COURTNEY, Edward, ed. (1993), *The Fragmentary Latin Poets*, Oxford, Oxford University Press.
- COVARRUBIAS Y HOROZCO, Sebastián de (2006), *Tesoro de la lengua castellana o española (1611)*, eds. I. Arellano y R. Zagra, Madrid, Universidad de Navarra/Iberoamericana-Vervuert/Real Academia Española/Centro para la Edición de Clásicos Españoles (Biblioteca Áurea Hispánica, 21).
- CRUZ CASADO, Antonio (2004), «Las *Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora y Argote (1630)* de José de Pellicer», *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, LXXXIII, 146, pp. 107-123.
- EGIDO, Aurora (2000), «La fénix y el Fénix. En el nombre de Lope», en M. G. Profeti (ed.), «Otro Lope no ha de haber». *Atti del Convegno Internazionale su Lope de Vega, 10-13 febbraio 1999*, Florencia, Alienea, vol. I, pp. 11-49.

- ERASMO DE ROTTERDAM, Desiderio (1703), *Adagiorum veterum collectanea* (1500-1536), en *Opera omnia*, II, Leiden, Petrus Vander.
- (1993), *Elogio de la locura*, ed. Pedro Rodríguez Santidrián, Madrid, Alianza.
- ESTEVE SERRANO, Abraham (1982), *Estudios de teoría ortográfica del español*, Murcia, Universidad de Murcia.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, Jorge, y Millán LOZANO RIVERA (2007), «Acerca de Quintiliano en el Siglo de Oro: la *Institutio oratoria* en las *Cartas filológicas* de Francisco Cascales», *Berceo*, 152, pp. 153-168.
- FUENTES GONZÁLEZ, Pedro Pablo (2007), «Función de la mitología clásica en dos escritores murcianos del Barroco: el humanista Cascales y el diplomático Saavedra Fajardo», *Myrtia. Revista de Filología Clásica*, 22, pp. 257-295.
- GARCÍA BERRIO, Antonio (1998), *Introducción a la poética clasicista. Comentario a las «Tablas poéticas» de Cascales*, Madrid, Taurus.
- GIL FERNÁNDEZ, Luis (1997), *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid, Tecnos.
- GONZÁLEZ-BARRERA, Julián (2011), «*Expostulatio Spongiae*». *Fuego cruzado en el nombre de Lope*, Kassel, Edition Reichenberger.
- GONZÁLEZ DE SALAS, Jusepe Antonio (2003), *Nueva idea de la tragedia antigua*, edición y estudio de Luis Sánchez Laílla, Kassel, Edition Reichenberger, 2 vols.
- GRACIÁN, Baltasar (2001), *Obras completas*, ed. Luis Sánchez Laílla, introducción de Aurora Egido, Madrid, Espasa-Calpe S.A. (Biblioteca de Literatura Universal).
- (2016), *El Criticón*, edición crítica de Luis Sánchez Laílla y José Enrique Laplana, anotación de M.ª Pilar Cuartero, José Enrique Laplana y Luis Sánchez Laílla, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2 vols.
- HERRERA, Fernando de (2001), *Anotaciones a la poesía de Garcilaso*, ed. Inoria Pepe y José María Reyes, Madrid, Cátedra.
- HOLLIS, Adrian S., ed. (2007), *Fragments of Roman Poetry (c. 60 B.C.-AD 20)*, Oxford, Oxford University Press.
- HORACIO FLACO, Quinto (1996), *Sátiras. Epístolas. Arte poética*, edición bilingüe de Horacio Silvestre, Madrid, Cátedra (Letras universales, n.º 241).
- HUARTE DE SAN JUAN, Juan (1989), *Examen de ingenios*, ed. Guillermo Serés, Madrid, Cátedra, 1989.
- IGLESIAS FEIJOO, Luis (2001), «Una carta inédita y algunas noticias sobre la fecha de una comedia de Lope y su guerra con Pellicer», en *Prosa y poesía. Homenaje a Gonzalo Sobejano*, Madrid, Gredos, pp. 171-187.
- JEHASSE, Jean (1976), *La Renaissance de la critique, l'essor de l'Humanisme érudit de 1500 à 1614*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne.
- JIMÉNEZ PATÓN, Bartolomé (1993), *Elocuencia española en arte*, ed. Francisco Javier Martín, Barcelona, Puvill.

-
- LÓPEZ, Diego (1615), *Declaración magistral sobre las emblemas de Andrés Alciato*, de Diego López, Nájera, Juan de Mongastón.
- LUCANO, Marco Anneo (1926), *La guerre civile (La Pharsale)*, ed. A. Bourguery, París, Les Belles Lettres, vol. I.
- MAÑAS VINIEGRA, Francisco Javier (1996), «Importancia de los *progymnasmata* y las *declamationes* en Erasmo, Vives y el Brocense», en Eustaquio Sánchez Salor, Luis Merino Jerez y Santiago López Moreda (eds.), *La recepción de las artes clásicas en el siglo XVI*, Universidad de Extremadura, pp. 337-343.
- MARCIAL, Marco Valerio (2004-2005), *Epigramas*, introducción de Rosario Moreno Soldevila, texto latino de Juan Fernández Valverde, traducción de Enrique Montero Cartelle, Madrid, CSIC, 2 vols.
- MARCOS ÁLVAREZ, B. (1986), «Las invectivas del *Laurel de Apolo* de Lope de Vega», en A. David Kossoff, José Amor y Vázquez, Ruth H. Kossoff y Geoffrey W. Ribbans (eds.), *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid, Istmo, vol. II, pp. 247-258.
- MINTURNO, Antonio (1563), *L'arte poetica, nella quale si contengono i precetti heroici, tragici, comici, satyrici e d'ogni altra Poesia*, Venecia, Giovanni Andrea Valvassore.
- MONTAIGNE, Michel de (1962), *Œuvres complètes*, ed. Albert Thibaudet, París, Éditions Gallimard (Bibliothèque de la Pléiade).
- MOYA DEL BAÑO, Francisca (2006), «La presencia y función de los mitos en tres autores del XVII: Cascales, Saavedra Fajardo y Gracián», en *La mitología clásica en la literatura española: Panorama diacrónico. Coloquio Internacional de Filología Griega (7º. 1996. Madrid)*, Madrid, Ediciones Clásicas / Comunidad de Madrid, pp. 619-638.
- NEBRIJA, Antonio de (1992), *Gramática de la lengua castellana*, ed. Antonio Quilis, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica.
- OLIVER, Juan Manuel (1995), «*Poesías de D. José Pellicer*: un manuscrito poético reencontrado», *Criticón*, 65, pp. 87-100.
- OVIDIO NASÓN, Publio (1994), *Heroidas*, introducción, traducción y notas de Vicente Cristóbal, Madrid, Alianza Editorial.
- (1995), *Heroides. Selected epistles*, ed. Peter E. Knox, Cambridge, Cambridge University Press.
- PELLICER DE OSSAU Y TOVAR, José (1630), *El fénix y su historia natural, escrita en veintidós ejercitaciones, diatribes o capítulos*, Madrid, Imprenta del Reino.
- (1630), *Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora y Argote*, Madrid, Imprenta del Reino.
- (1671), *Biblioteca formada de los libros y obras públicas de don Josef Pellicer de Ossau y Tovar*, Valencia, Gerónimo Vilagrassa.
- PLINIO EL VIEJO (1909), *Naturalis Historiae libri XXXVII*, ed. C. Mayhoff, Leipzig, Bibliotheca Teubneriana, vol. II.

- (2003), *Historia Natural. Libros VII-XI*, traducción y notas de E. del Barrio Sanz, I. García Arribas, A. M. Moure Casas, L. A. Hernández Miguel y M. L. Arribas, Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, 308).
- QUEVEDO, Francisco de (1969), *La cuna y la sepultura, para el conocimiento propio y desengaño de las cosas ajenas*, ed. Luisa López Grigera, Madrid, Real Academia Española.
- (1990), *Poesía original completa*, ed. José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta.
- QUINTILIANO, Marco Fabio (1970), *Institutiones oratoriae libri duodecim*, ed. M. Winterbottom, Oxford, E Typographeo Clarendoniano, 2 vols.
- RAMOS MALDONADO, Sandra (1996), «Ausonio en el epigrama latino humanista y su influencia en el murciano Francisco Cascales», *Myrtia. Revista de Filología Clásica*, 11, pp. 87-118.
- REYES, Alfonso (1958), «Pellicer en las cartas de sus contemporáneos», en *Obras completas*, VII, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 131-145.
- RICO, Francisco (1978), «*Laudes litterarum*: Humanismo y dignidad del hombre en la España del Renacimiento», en *Homenaje a Julio Caro Baroja*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 895-914.
- ROZAS, Juan Manuel (1990), «Lope contra Pellicer (historia de una guerra literaria)», en *Estudios sobre Lope de Vega*, Madrid, Cátedra, pp. 133-168.
- RUEDA, Ana (2015), «Cartas y cartapacios: la crítica literaria del siglo XVIII ante la “vana erudición” del coleccionismo», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 21, pp. 11-23.
- SÁNCHEZ LAÍLLA, Luis (2008), «“Oh estudio liberal, discreto amigo”: Lope y la apología del sabio», *Anuario Lope de Vega*, 14, pp. 291-342.
- SAAVEDRA FAJARDO, Diego de (2006), *República literaria*, ed. Jorge García López, Barcelona, Crítica (Clásicos y Modernos).
- SERRANO, Francisco (1970), *Mojiganga del doctor*, en *Vergel de entremeses*, ed. Jesús Cañedo Fernández, Madrid, CSIC.
- STROSETZKY, Christoph (1997), *La literatura como profesión. En torno a la autoconcepción de la existencia erudita y literaria en el Siglo de Oro español*, Kassel, Edition Reichenberger.
- TOBAR QUINTANA, María José (2015), «Las “censuras fingidas” de Quevedo y Juan Luis de la Cerda en *El fénix y su historia natural* de Pellicer (con una hipótesis sobre su primera edición exenta)», *La Perinola*, 19, pp. 257-270.
- VALERIANO BOLZANI, Giovanni Pierio (1556), *Hieroglyphica sive de sacris Aegyptiorum literis commentarii*, Basilea.
- VEGA, Lope de (2002), *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos*, ed. Antonio Carreño, Salamanca, Ediciones Almar.
- (2004), *Obras completas. Poesía, IV. La Filomena. La Circe*, ed. Antonio Carreño, Biblioteca Castro, Madrid.
- (2007), *Laurel de Apolo*, ed. Antonio Carreño, Madrid, Cátedra.
- VIRGILIO MARÓN, Publio (1839), *Opere di P. Virgilio Marone con la traduzione e note di varii*, vol. II, Venecia, Giuseppe Antonelli.

-
- (1996), *Bucólicas*, edición bilingüe de Vicente Cristóbal, Madrid, Cátedra (Letra universales, 235).
 - (2009), *Eneida*, introducción, texto latino, traducción y notas de Luis Rivero García, Juan A. Estévez Sola, Miryam Librán Moreno y Antonio Ramírez de Verger, Madrid, CSIC/Tirant lo Blanch.
- VIVES, Juan Luis (1923), *Tratado de la enseñanza*, traducción de José Ontañón, Ediciones de La Lectura.
- (2019), *De la vida y costumbres del erudito*, ed. Biblioteca Valenciana Digital (BIVALDI), accesible en línea <<http://www.bivaldi.gva.es/>>, [consultado el 25.02.2019].